

CEREMONIAL DE GUERRA

José Triana

A MIS PADRES Y A CHANTAL

Sombras de América, héroes coronados de furia...

Pablo Neruda

Lo que el hombre aislado puede producir, es casi siempre muy poca cosa; pero lo que los hombres pueden producir entre todos, especialmente cuando los mueve una idea —y en el fondo sólo una idea puede moverlos— sobrepasa toda medida.

Alexander Lernet Holenia

Yo me digo: si el mundo es teatro, si la revolución es carne de teatro, procuremos que el teatro, y por consiguiente la revolución, sean ejemplares, y tal vez, y sin tal vez, conseguiremos entre todos que el mundo también lo sea.

Miguel Hernández

PERSONAJES DRAMÁTICOS

Ángel

Leonel

Carlos

Juan

Pedro

Felipe

Aracelio

Un vendedor ambulante

Época: 1895

Escenario: un lugar en Cuba, en la manigua

Los elementos musicales que aparecen en la obra pueden subrayarse si el director lo considera necesario —después de la canción de cuna en el segundo acto—, utilizando canciones de la época fragmentadas, sobre todo «La Bayamesa», cuyos versos iniciales son:

*¿No recuerdas, gentil bayamesa,
que tú fuiste un sol fulgurante...?*

O la de Perucho Figueredo.

Estos fragmentos musicales si son bailados y cantados entre los hombres pueden darle una mayor fuerza y sentido irracional al texto.

Véanse estas observaciones simplemente una sugerencia. Gracias.

Primer acto

Se oye una gritería momentos antes de descorrerse la cortina. Las palabras apenas se perciben. Luego se van haciendo más diáfanas, alcanzando un ritmo violento: «¡Viva Cuba libre! ¡Carajo, despeja! ¡Corta sin piedad! ¡El machete! ¡El machete! ¡Viva Cuba libre! ¡Chis chas, chis chas, chis chas!» Estos sonidos onomatopéyicos perduran a lo largo de la escena primera. Los personajes se mueven en un cementerio de monturas, alforjas, etc.

ESCENA PRIMERA

CARLOS, ÁNGEL y LEONEL.

CARLOS (*violento*): ¡No cuentes conmigo! (*Otro tono.*) Apenas sé cómo... ni con qué fuerzas pudimos burlar el cerco...

ÁNGEL (*nervioso, angustiado*): Aracelio Fonseca decide. Te lo repito. ¡No he sabido explicarme! ¡Compréndeme, Carlos...! De cuarenta hombres, quedamos dos. Y ustedes cuatro que ahora se incorporan... ¡Y con esta amenaza permanente! (*Se oyen tiroteos lejanos.*) La verdad...

CARLOS (*interrumpiendo*): Trabajo nos costó llegar hasta aquí. (*Otro tono.*) Las tropas de Garrido están agazapándose...

LEONEL (*rápido*): Eso se huele en el aire.

CARLOS: ¡Y pensar que ahora hemos caído en esto! (*Otro tono.*) El fortín de la Candelaria queda demasiado lejos. Nosotros no podemos...

ÁNGEL (*decidido*): Aracelio tiene el mapa... Sería cosa de buscarlo.

CARLOS (*irónico*): ¿Crees que lo entregará?

ÁNGEL: Es cuestión de...

LEONEL (*tajante*): ¡Yo no me atrevo! (*Pausa.*) Es muy capaz de arrastrarnos a la debacle. (*A ÁNGEL:*) Tratará de matarnos.

ÁNGEL (*rápido*): Tuvimos que dejarlo. (*Pausa.*) ¡Es horrible! (*Otro tono.*) Nos agarraron por sorpresa. En la madrugada. Los jefes se habían reunido ese día desde muy temprano. Discutían sobre el rumbo a seguir en las próximas semanas. Tú harás esto. Tú esto otro. Tú por aquí... Discusiones necesarias. Pequeños ajustes de organización. (*Otro tono.*) La acción clave es tomar el fortín de la

Candelaria, que sirve de arsenal y alimento a las tropas enemigas de la provincia, y que viene siendo algo así como la imagen de nuestra isla en manos del poder español. *(Pausa.)* Por eso mi insistencia. Si lo tomamos, podemos apertrecharnos y arrasar. *(Pausa.)* Yo estaba amodorrado. El sueño no venía, me movía intranquilo. Quizás las tensiones... O sabe Dios qué... El silencio se hacía tan siniestro... Sólo los gallos cantaban... *(Pausa.)* Aracelio, durante todo el día, se sintió indispuerto, probablemente de un fuerte rasguño en el brazo, y dormitaba debajo de una seiba. Aracelio era el hombre de confianza del general Suárez. En el caso de que faltara uno u otro, mi tío Indalecio Cruz ocuparía sus lugares. *(Se oyen tiroteos.)* Te vuelvo a contar esto para que te hagas una composición de los hechos... *(Se oyen tiroteos.)*

LEONEL: ¡Esa gente no descansa!

ÁNGEL: Rematando y descuartizando cadáveres como aves de rapiña... *(En un grito ahogado.)*
¡Miserables!

LEONEL: ¡Y nosotros con estos fusiles y treinta cartuchos por cabeza! *(En un ataque de violencia.)*
Si yo pudiera... *(Intenta salir.)*

CARLOS *(deteniéndolo)*: ¡Cálmate! ¡Déjate de locuras! *(LEONEL se echa a un lado, derrotado, impotente.)* ¡En cualquier momento nos afrijolan!

Pausa.

ÁNGEL: El asunto es que... Se aparecen entre remolinos de polvo y crepitar de cascos... ¡Nosotros empezábamos! ¡Era la primera batalla, Carlos!

LEONEL *(abatido)*: A uno le hablan de la guerra... ¡Aquella Universidad era un hormiguero...! *(Otro tono.)* Que sí sí, que sí no... Cientos, cientos de ideas, y un ceremil de opiniones. La guerra, la guerra. Allá en la manigua es donde está la verdad, ¡recuerdas, Ángel? Y los españoles agarrándote por el cogote, y apretando, apretando duro... Y tú dices... «Allá voy». *(Pausa.)* Luego el panorama es otro. No me quejo. Simplemente lo digo.

ÁNGEL: Alguien me dijo: «En caso de apuro: ¡abre brecha y sigue adelante...!» El ruido me ensordecía... «¡Dale duro, cabrón!» En la yegua sin ensillar, medio desnudo, corría como un trompo, tirando a diestra y siniestra... ¡Ponte en mi lugar! ¡Es difícil, lo sé!

CARLOS: De todos modos, Ángel...

ÁNGEL: ¡Terrible, viejo! *(Pausa larga.)* Sin Aracelio y sin ese documento estamos varados...

LEONEL *(interrumpiendo)*: ¡Toca a fondo! ¡Di la verdad! *(Otro tono.)* Nosotros sabemos de buena tinta que el general Suárez se lo entregó, en plena batalla, antes de que cayera muerto de un balazo en el pecho. *(Rápido. Otro tono.)* ¡Datos que interesan a todos...! *(Otro tono.)* Lo tremendo fue que por tratar de salvarlo, Aracelio recibió cuatro balazos en una pierna...

ÁNGEL *(a CARLOS)*: ¡No puedes hacerte una idea de lo que era aquello! ¡Entre el estruendo, la gritería, los caballos encabritados, los nuestros prácticamente sin armas... y las tropas de Garrido, aprovechándose, haciendo de las suyas! Lo recuerdo y creo que voy a enloquecer... «¡Arriba!» «¡Cabrones!» «¡Arriba!» «¡Viva Cuba libre...!» *(Pausa. Otro tono.)* ¡Era espantoso...! ¡Una carnicería...! La gente trata de rescatar el cadáver del general Suárez; desgraciadamente... ¡Ya era imposible! *(Pausa. Otro tono.)* Mi tío desaparece... y los que quedan vivos ponen pies en polvorosa... Y nosotros corriendo de un lado a otro, atajando...

Pausa.

CARLOS: ¿Y luego?

ÁNGEL: ¿Luego? ¿Cuándo?

CARLOS: ¡Más tarde!

ÁNGEL: ¡No recuerdo! (Pausa.) Ah, sí. Fuimos a donde estaba Aracelio quejándose... (Pausa.) Atronaba, se doblaba, sudaba, los ojos parecían saltársele...

CARLOS: Olvida eso.

LEONEL (rápido): Le planteamos que nos entregara el mapa. Se puso igual que una fiera. Quería que lo lleváramos a toda costa... (Pausa.) Ahora, después de tres días y dos noches, abandonado, a la intemperie...

ÁNGEL (interrumpiendo): ¡Imagínate cómo estará!

LEONEL: ¡Se resistirá!

ÁNGEL: ¡No querrá vernos ni en pintura!

LEONEL: ¡Y con razón!

ÁNGEL: ¡Y tomará revancha...!

CARLOS: La mayor osadía...

LEONEL (cortante): ¡Primero está la Revolución!

Pausa.

ÁNGEL (en un susurro, desesperado): ¡Coño, coño, coño! (Otro tono.) Pensé que adelantábamos, que ganaríamos terreno... ¡Pensé azul y me salió punzó...! ¡No, no! ¡Eso fue después...! En aquel momento... ¿Crees que no me desconcierta, que no me agita el haberlo dejado abandonado...? Siete días y siete noches, discutiendo, dándole vueltas al mismo tema... ¿Por qué? ¿Por qué fue? ¿Por qué lo hice? ¿Por miedo? ¿Por maldad...? ¡Mentira! ¡Mentira...! Como una nube negra, nada, nada, nada... Por mucho que me esfuerce, ¡no puedo explicarlo...! Y a medida que pasa el tiempo un sentimiento extraño... No de culpabilidad, sino de vacío... ¿Y él, qué dirá? ¿Qué pensará...? ¡Aunque yo sé que por encima de nosotros está la verdad...! (Pausa.) ¿Por qué no hemos salido de este lugar? Por él, por él, por él... (Violento, casi entre sollozos.) ¿Qué quieres que haga...? ¿Que me ponga como una magdalena, dándome golpes contra las piedras, halándome los pelos? ¡No, no, por favor! ¿Qué desgraciado soy! (Otro tono.) ¡Me niego!

LEONEL (a ÁNGEL): ¡Vamos, tranquilízate!

CARLOS: Estamos en un disparadero. No quiero equivocarme. Pero me la juego que Garrido sabe...

LEONEL: ¡Ese maricón conoce bien la zona!

ÁNGEL (con el rostro mojado de lágrimas): ¡En llegando al fortín, arrasamos!

CARLOS: ¿Arrasamos?

LEONEL (interrumpiendo a CARLOS): Fíjate que en realidad...

ÁNGEL (interrumpiendo a CARLOS): ¡Con Aracelio... no digo yo! ¡Arrasamos! Su carácter, viejo... ¡Su experiencia! (Impositivo.) ¡Convéncete!

LEONEL (a CARLOS): ¡Tú lo sabes...! Aracelio anduvo siempre junto al Chino Viejo, al lado del general Antonio, en la Guerra Grande, en la protesta de Baragué y, después, en la Guerra Chiquita...

CARLOS (interrumpiendo): Estemos claros, caballeros... este cerco no lo brinca un chivo.

LEONEL: ¡Necesitamos a ese hombre!

ÁNGEL: ¡Es imprescindible!

LEONEL: ¡Cuestión de vida o muerte!

ÁNGEL: Podrías buscarlo...

LEONEL (*interrumpiendo*): ¡Acércatele!

CARLOS: ¿Yo?

ÁNGEL: ¡Sí, tú!

LEONEL: Tú, mejor que nadie, Carlos... conoces lo que es la guerra.

ÁNGEL: Con nosotros, la cosa es distinta.

LEONEL: Ese no nos perdona.

ÁNGEL: Pero tú... si de algún modo logras ganarte su confianza, conseguirás lo que quieras.

CARLOS: ¡Tan convencido están!

ÁNGEL: Primero, no te conoce... Hay que calcular el pro y el contra... Segundo, puedes inventarle una historia... ¡No me mires así! Ni me cae mal ni le tengo mala voluntad... ¡Te lo juro! Tercero, es la única salida que tenemos. Ayúdanos.

LEONEL: Sé que tu carácter, que tu condición... que eres incapaz de meterte en semejante jueguito. Pero, ¿y la guerra? ¿Debemos detenernos? ¿Debemos morir achicharrados en manos de las tropas de Garrido...? ¿Abandonar nuestros ideales? ¿Abandonar la Revolución?

ÁNGEL: Cuando me enrolé estaba en Babia. Ni la más remota idea de la práctica. Sabía que era una necesidad, que la verdad está en nosotros... (*Firme.*) Yo hoy lo tengo bien claro... (*Pausa.*) Carlos, consigue a ese hombre.

LEONEL: ¡Vivos o muertos, nosotros... la Revolución triunfará!

ÁNGEL: Conociendo la posición exacta de las tropas de Garrido, podríamos lanzarnos a lo que fuera... (*Construye con los pies un mapa en el suelo.*) Sabemos que en esta dirección, y más allá... y por este lado... hacia acá... y por ciertos movimientos... En realidad, andamos con los ojos vendados, olfateando...

LEONEL: Si te decides...

CARLOS: Por respeto, por consideración, por humanidad...

ÁNGEL: ¡A la ofensiva, Carlos!

LEONEL: ¡Nuestra liberación!

ÁNGEL: A Aracelio hay que meterlo en cintura.

LEONEL: Inventa.

ÁNGEL: Dile algo.

CARLOS (*exaltado*): Sí, que le diga lo que se me antoje. El cuento más desconcertante surte efecto. Un efecto prodigioso. Casi sobrenatural... (*Moviéndose, agitándose.*) Igual que un prestidigitador sacaré de un sombrero de copa un conejo. La magia, ¿eh...? O como el brujo de la tribu... O el encantador de serpientes... (*Pausa. Otro tono.*) La verdad, lo que se llama la verdad, siempre resulta insólita... Para que la verdad sea reconocida es necesario que se le mezclen algunos datos inverosímiles, algunas mentiras... Cosas que si a mano viene uno piensa que no... Entonces actúa de un modo... Como una brasa caliente, como un cuchillo. Por ejemplo, yo, en este momento. Miles de argucias... Distribuidas con minucia... con tacto. (*Pausa. Otro tono.*) ¡Parece muy sencillito!

ÁNGEL: Tú no me dejas...

CARLOS (*siguiendo la representación*): ¡Lo confundiré, lo enmarañaré, Ángel!

ÁNGEL: ¡Aguántate!

LEONEL: ¡Las cosas no son así!

ÁNGEL: ¡Estás loco!

LEONEL: Te burlas.

CARLOS (*rápido*): Y si pregunta quién soy...

ÁNGEL: ¡No te precipites!

LEONEL: Falta mucho para llegar a eso.

ÁNGEL: Cuando llegue ese instante...

LEONEL: Pues, te muestras... cómo decirte, vamos...

ÁNGEL: ¡Nada de subterfugios! ¿Comprendes?

CARLOS: Le afirmo que soy hijo de... vaya... de... Agramonte...

ÁNGEL (*en un grito*): ¡Cómo?

CARLOS: ¡Sí...! O de Aguilera... O de Serafín Sánchez... Escojo el que más me convenga... Según las circunstancias, según la atmósfera especial... (A LEONEL:) Te pones como un niño bobo. (A ÁNGEL:)

¡No te atolondres!

LEONEL (*indignado*): Bastante hemos pasado.

ÁNGEL: No hay que llegar a esos extremos. Exponle, simple y llanamente, la verdad.

LEONEL: ¡Por qué ocultarla?

ÁNGEL (*interrumpiendo, mientras continúan las carcajadas de CARLOS*): Que tu padre, Silvio Santana, era el niño lindo de la tropa del Chino Viejo... y que... ¡datos que él conoce al dedillo...! El Chino Viejo le regaló la yegua pinta y el revólver con casco de plata... ¡Enséñaselo...! Ganado se lo tenía... Dile que cuando murió en el combate del cafetal González, el Chino Viejo, que es más duro que un jiquí, se fue aparte y echaba fuego... Dile que... (*Sacudiéndolo por los hombros.*) ¡Apacíguate, carajo...! Dile que... que estuviste, todavía un bejigo, en la protesta de Baraguá... Recalca que carecemos de gente para tomar el fortín... y la importancia real de esta empresa. Sacudiremos la isla, Carlos.

LEONEL (*interrumpiendo*): Exagera un poquito... en cuanto a que te hice venir a la fuerza... y que cuando llegaste te tratamos como a un perro, que te negamos la sal y el agua... y que yo, principalmente yo...

ÁNGEL (*rotundo*): Mejor cuéntale la cruda realidad.

LEONEL: No lo pienses.

ÁNGEL: La cosa marchará sobre una balsa de aceite.

LEONEL: Nadie te forzó.

ÁNGEL: Viniste porque quisiste.

LEONEL: Debe ser un honor para ti...

ÁNGEL: Hay que salir de este atolladero.

LEONEL: Por principio...

ÁNGEL: Hazlo a conciencia.

LEONEL: Un buen discurso.

ÁNGEL: Aracelio, solo, vale lo que nosotros seis juntos...

LEONEL: Súmale a eso, entonces, con el mapa...

ÁNGEL: Arriésgate.

LEONEL: Es la vida.

CARLOS (*en una explosión*): ¡No me hago cómplice! ¿Pensaron que iba a prestarme como mansa paloma? Quienes abandonan a un hombre...

ÁNGEL (*rápido*): Entiéndenos.

CARLOS: De ningún modo...

LEONEL: En aquella situación...

CARLOS (*interrumpiendo*): Me saca de quicio. ¡Hay que nacer! ¡Por qué tengo que darle la cara a un asunto que no es mío...? Un hombre es un hombre. Jamás mi padre se hubiera prestado. (*Otro tono*) ¿Quieres que lo agarremos? ¿Entre todos...? ¡Estoy dispuesto...! La violencia, si es oportuna...

ÁNGEL: ¡La verdad...!

Pausa.

LEONEL: Estás lelo.

CARLOS: ¿Y eso lo obligará?

ÁNGEL: Cuando lo conozcas, verás.

CARLOS (*desesperado*): Entonces, estoy obligado a carabina. (*Otro tono*) ¿Quieres? ¿Y si no puedo?

ÁNGEL: ¡Sobreponete!

LEONEL (*violento*): ¡Ay, si el general Antonio estuviera aquí, otro gallo cantaría!

ÁNGEL: Ánimo.

LEONEL: Coraje.

CARLOS: No sé...

ÁNGEL: Te aferras.

LEONEL: Recapacita.

ÁNGEL: Prueba de una vez.

LEONEL: Sacúdete.

ÁNGEL: Recibirás grandes ventajas.

LEONEL: Serás proclamado ante la tropa del Chino Viejo.

ÁNGEL: Haz lo que te digo.

LEONEL: Al final, al final...

LEONEL (*derrotado*): ¡Está bien!

Pausa.

ÁNGEL: ¿Aceptas?

LEONEL (*suavemente*): ¿Vencerás en ti mismo...? (*Gesto afirmativo de CARLOS.*)

ÁNGEL: Ten presente que la verdad, que la Revolución...

LEONEL (*interrumpiendo*): ¡Eres la candela, mi hermano!

ÁNGEL: ¡Búscalo pues!

LEONEL: Nosotros estaremos entre las rocas y en los simulacros de barricadas, vigilando, y haciendo resistencia a las tropas de Garrido.

ÁNGEL: Dentro de unos segundos tendrás a los escoltas contigo.

ÁNGEL y LEONEL se van.

ESCENA SEGUNDA

JUAN, PEDRO y CARLOS.

JUAN y PEDRO cargan y revisan las monturas, las alforjas, los paños de loneta, las sogas, los palos, etc., a lo largo de esta escena.

JUAN (entrando; PEDRO lo sigue; en tono bajo): Alférez, Alférez... (CARLOS está abstraído, al fondo.) Si nos concediera una palabrita...

PEDRO: ¡Déjalo! No ves que rumia, que rumia...

JUAN (violento): ¡Y qué...? ¡Nos mandaron! (Otro tono.) Si fuera por ti... como estacas en medio del matojo. (Otro tono.) De pronto salta la liebre y, ¿qué vamos a decirle...? Porque supongo que jugamos un papel, ¿no? (CARLOS, abstraído, se acerca a los escoltas.) Aquí todo el mundo hace lo que puede, y a la hora de los tiros, nadie se acoquina ni se echa *pa tras*. Fuego y *pa lante*. O el machete, compadre, el machete. En Ceiba Grande y en el Quirijal, hay que ver a la gente, descalza, a medio vestir, como gatos subiendo las lomas, y enfrentándose...

PEDRO: ¡Cómo te gusta el julepe!

JUAN: ¡Aclárame tú entonces!

PEDRO (señalando a CARLOS): Subuso.

Saludos militares.

JUAN (titubeante): Alférez...

CARLOS (secamente): Mantenga la guardia. (Otro tono.) A sus puestos.

PEDRO, mientras carga y revisa los enseres, comienza a dar vueltas a un círculo imaginario que ocupa casi todo el escenario. JUAN lo imita en el sentido contrario. CARLOS se sitúa en el centro de la escena.

PEDRO: Felipe anda reconociendo la zona.

JUAN: Con los troncos que hemos cortado, construimos los simulacros de barricada, tal como se nos ordenó.

CARLOS: Muchachos, mucha precaución. (Otro tono.) Aracelio Fonseca es un tipo de cuidado.

JUAN (rápido): Si aparece, ¿qué le decimos?

CARLOS: ¿Ustedes? Nada. (Otro tono.) Hay que evitar los barullos. (Otro tono.) ¡Se alejan!

PEDRO: ¡Y usted, Alférez?

CARLOS: Eso es cosa mía.

JUAN: Me da mala espina.

PEDRO: Soy todo ojos.

JUAN: ¡Vive aquí? (Gesto afirmativo de CARLOS.) ¿Solo?

CARLOS: Como alma en pena.

JUAN: Perdone usted tantas preguntas, pero... (Otro tono.) El seso se me hace agua. (Otro tono.) ¿Se habrá ido?

CARLOS: Según dicen, hace una semana, más o menos, quedó por esta parte.

PEDRO (interrumpiendo): Seguramente busca qué comer.

JUAN: Andará cazando.

PEDRO: O buscando yerbas.

CARLOS: Algo, indudablemente, estará haciendo. ¿Qué otro recurso le queda?

JUAN: ¡Es del carajo!

PEDRO: Sin nadie... y la pierna supurando...

JUAN: Dirás podrida.

PEDRO: Debe ser espantosa la peste.

JUAN: Me lo imagino.

PEDRO: Y los dolores...

JUAN: ¡Si fuera eso sólo!

PEDRO: Y el hambre.

JUAN: De pensarlo, me erizo.

PEDRO: ¡Qué aguante tiene ese tipo! (*Otro tono.*) A mí digan lo que digan... Compadre, ¡hay que joderse!

CARLOS: ¡No exageres el cuadro, Pedro!

PEDRO: ¡Es un macho cuadrado, Alférez!

CARLOS: ¡Pues no conoces ni la mitad! En la Guerra Grande y después en la Chiquita... Un soldado, lo que se llama un soldado... La guerra no es juego de bobos, muchachos... (*Otro tono.*)

¡Mira! (*Le enseña una cicatriz que tiene en el cuello y otra en la mano izquierda.*) ¡Ahí tienes! (*Con orgullo.*)

¡Marcas, trofeos! (*Otro tono.*) Es una lástima que tengamos que conocerlo en estas circunstancias... De él se cuentan historias increíbles... Dicen que en la recurva del Cauto, en el 68...

En aquella época ninguno de ustedes levantaba un palmo de tierra... (*Señales o muecas de JUAN.*)

¿Qué...? ¿Apareció...? ¿Hay algo?

JUAN: Oí un ruido... unas pisadas.

PEDRO: ¡Eres un payaso!

JUAN: ¡Lo oí!

CARLOS (*a PEDRO*): ¡Deja al muchacho! (*A JUAN. Otro tono.*) ¿Dónde? ¿Hacia arriba? ¿Hacia abajo? Debe andar escondido en algún recoveco. ¿Han visto algo?

PEDRO (*afuera*): Muchas cenizas, restos de palos quemados...

CARLOS: ¿Y qué más?

JUAN (*afuera*): Varias jícaras recién usadas.

CARLOS: ¿Están seguros?

PEDRO y JUAN regresan.

PEDRO: Encontramos una cama improvisada de hojas y pajas secas.

CARLOS: No debe andar muy lejos...

JUAN: Bajito, Alférez.

CARLOS (*rápido*): ¿Qué pasa?

PEDRO (*rápido*): ¿Ha oído?

JUAN (*rápido*): Alguien viene.

PEDRO: ¿Las tropas de Garrido?

CARLOS: Amárrense los pantalones.

PEDRO: ¡Lo que diga, Alférez!

CARLOS: ¡Atrás! ¡Preparen las armas! ¡Apártense!

ESCENA TERCERA

Dichos y FELIPE.

FELIPE (*entrando, sofocado*): ¡Alférez! (*Cae en tierra.*)

CARLOS: Habla.

FELIPE *hace señales. Pausa.*

ESCENA CUARTA

Dichos y ARACELIO.

Al entrar ARACELIO FONSECA, JUAN y PEDRO dan dos pasos hacia atrás, las armas en guardia. FELIPE se levanta. A partir de este momento, JUAN, PEDRO y FELIPE irán construyendo rústicos burros, donde pondrán las monturas. Esto forma parte del juego, del ceremonial, en su primera fase. Las imágenes creadas deben ser vigorosas. Describen la secreta profundidad de los «hombres de a caballo».

CARLOS (*a FELIPE*): ¡Atrás! (*FELIPE obedece.*)

ARACELIO (*arrastrando la pierna derecha, quejándose sudoroso y vacilante*): ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay, malditos troncos...! (*Otro tono.*) Más que seguro que las tropas de Garrido andan merodeando... Esos bandoleros de siete suelas... Aunque hace rato se aplacó la gritería... (*Pausa. Advierte la presencia de los soldados.*) ¡Alto! (*Enseña su arma.*) ¿De dónde vienen? ¿Están mudos? (*A CARLOS*) ¿Cómo han llegado hasta aquí? (*Caminando alrededor de ellos, sin acabar de darle crédito a lo que ve.*) Mambises, por lo que veo. ¿Dispersos? A la buena de Dios. (*Se detiene, vuelve a quejarse espantosamente.*) Soy un montón de carroña. (*Irónico.*) Me dejaron como un perro. (*Apenas puede moverse.*) ¡Ay! ¡Ay...! (*A pesar de quejarse, trata de ocultar su dolor. Pausa. Otro tono.*) ¡Vamos, respondan!

CARLOS (*firme*): Somos mambises, señor.

ARACELIO (*con alegría*): ¡Mambises...! ¡Carijo, mambises...! (*Intenta acercarse, abrazarlos, no puede.*) ¡Gracias, Dios mío! ¡Al fin, la verdad...! Sí, sí... Mis ojos no me engañan... Ni espíritus ni musarañas... Están ahí, vivitos y coleando. (*Pausa.*) Por entre tanto matojo, es difícil. A veces ignora uno cómo orientarse... ¿Se han extraviado?

Una risita nerviosa se desata entre los escoltas. Una risita que tratan de contener y no pueden. CARLOS les hace un gesto, indignado. Los escoltas van hacia el fondo por unos instantes. ARACELIO no se da cuenta del gesto de CARLOS. Largas carcajadas.

ARACELIO (*receloso*): Algo vienen buscando... Porque así, sin más ni más... Alguna intención... (*Otro tono.*) ¡Habla! (*Violento, agarrándolo por la charretera.*) ¿De qué se ríen? (*Cesan las carcajadas.*) Di... ¿Quién eres?

CARLOS: Suélteme. Ningún derecho tiene usted. (*ARACELIO lo suelta. Pausa.*) Nací, señor, allá, en las cercanías de Guantánamo. Me llamo Carlos Santana, hijo de Silvio, uno de los escoltas del general...

ARACELIO (*sorprendido*): ¿Silvio? ¿El hijo...? (*Interrumpe un gesto de CARLOS.*) A ver, muchacho... Tú... ¿El hijo...? ¿Estás seguro? (*Pausa. CARLOS va a decir algo, pero ARACELIO lo interrumpe.*) ¿Silvio Santana? No juegues, muchacho ¿El Capitán...?

CARLOS (*rápido*): El mismo.

ARACELIO: ¿El mismo...? Estoy pensando que tú... ¿El que en Palo Seco...?

CARLOS (*rápido*): ¡Con el Chino Viejo!

ARACELIO: ¡La alegría más grande...! Tu padre era un hombre de pelo en pecho. Cuando lo conocí, en el incendio de la Socapa... Caray, en realidad, el tiempo vuela. (*Otro tono.*) Recuerdo que una noche, estábamos de centinelas en la finca de Quintero y hacía un frío que pelaba... Recuerdo que me decía... y me lo decía con orgullo: «Si muero, porque yo sé que no seré hueso viejo, Aracelio... Yo tengo un cachorro preparado. Un cachorro que será un mambí de cuerpo entero...» ¡Y ése eras tú! Todos en la tropa, mi amigo, de trescientos hombres, desde el primero hasta el último, lo querían, por su chispa y buen ánimo... El Chino Viejo, con lo cascarrabias que es, y con lo exigente, se reía y gritaba: «Silvio, Silvio, el día menos pensado...» (*Se ríe como un niño.*) ¡Qué tipo! (*Pausa.*) Para mí era como un hermano. (*Pausa.*) Y, ¿cómo has caído aquí?

CARLOS: ¿Aquí? ¡Pues de la batalla!

ARACELIO: ¡Qué jeringa! Me alegra que no hayas visto la carnicería y el desparramo... (*Pausa. Mirándolo fijamente.*) ¡Es inadmisibile! Pero si en la tropa...

CARLOS: ¿Pertenece usted a ella?

ARACELIO: Tienes que conocerme.

CARLOS: Nunca lo vi.

ARACELIO: ¡Nunca? ¡Júramelo!

CARLOS (*en tono de broma*): ¡Desconfiado!

ARACELIO: ¡Qué extraño! ¡No me has oído mentar? ¿De veras...? ¡Ignoras lo que me ha pasado, que mi pierna...?

CARLOS: Para qué mentirle.

Pausa.

ARACELIO (*dando grandes zancadas*): ¿Es tanta mi desgracia? ¿Es tanto el odio...? Carajo, ninguno de los míos conoce la verdad.

CARLOS: Señor... yo...

ARACELIO: ¡Muchacho! (*Se golpea el pecho. Firme, orgulloso.*) Yo soy Aracelio Fonseca, Coronel del Ejército Libertador y escolta personal del general Suárez.

CARLOS (*fingiendo, nervioso*): ¿Será posible...? Señor, perdón coronel...

Saludo militar.

ARACELIO: ¡Déjate de cumplidos!

CARLOS: Lo que yo he oído, ¡la cantidad de historias...! Hasta en mis sueños lo he visto, sin conocerlo, coronel... Y aparecía igualito... Con su barba... (*Se arrodilla para recibir la bendición.*) Mi primo José Luis contaba...

ARACELIO: ¡Levántate! (*Le palmea los hombros.*) ¡Cachorro! (*CARLOS se incorpora. Más amable.*) ¡Como tu padre serás un león!

Pausa.

CARLOS: ¿Y cómo usted, en esta situación?

ARACELIO: ¡El cuento de nunca acabar...! ¡Unos cuatrerros, ojo! Porque esos no son mambises ni la cabeza de un pato... Hombres que se comportan como miserables. ¡Peores que las tropas de Garrido! ¡Y es bastante decir! ¡Coño, si estuviera a mi alcance...! Tú sabes que yo... En la Guerra Grande desde que empezó... El Chino Viejo, en una ocasión que nos encontramos, me dijo: «Conmigo te quedas...» Luego, tres o cuatro años más tarde, en una entrevista que tuvo el general Antonio con el Chino Viejo, decidieron que yo hacía falta para reforzar la tropa del general Antonio... El Chino Viejo, a regañadientes, me soltó... «Te vas, pero tienes que volver», masculló, mientras me abrazaba. *(Pausa. Suspira.)* Yo ahora, cuando supe que venía el general Suárez... «A sus órdenes, mi general...» Que Dios lo tenga en la gloria... *(Pausa.)* Uno se acostumbra. ¡La guerra es la guerra...! Y hasta que esos cabrones españoles no salgan de esta tierra... ¡Es la verdad! *(Sonríe.)* A darles fuego, como el macao.

CARLOS: De todo lo que me ha dicho, todavía...

ARACELIO *(irritado)*: ¡Déjame terminar! *(Otro tono.)* ¿Te aburres?

CARLOS: ¡La impaciencia me mata!

ARACELIO: ¡Ahora verás! ¡Por dónde iba? Ah...

CARLOS *(interrumpiendo)*: Lo que iba a decirme...

ARACELIO *(interrumpiendo)*: He perdido el hilo. Me confundo. Es como un vacío, un hueco. *(Trata de ocultar los dolores de la pierna.)*

CARLOS: ¿Algo malo? ¿Qué le ocurre?

ARACELIO: Esta pierna... *(Busca en rededor suyo.)*

CARLOS: Yo lo ayudaré. *(Recogen unos yerbajos.)* ¡Son estas hierbas!

ARACELIO *(gesto afirmativo; se queja; pausa)*: Por momentos, los dolores me trastornan. *(Pone unos yerbajos sobre la pierna.)* Dentro de un ratico me alivio. ¿Por qué pones esa cara? *(CARLOS intenta decir algo. ARACELIO lo interrumpe.)* El caso es que... ¡Figúrate tú! Hecho una etcétera...

CARLOS: ¡Otra vez vuelve a lo mismo!

ARACELIO *(molesto)*: ¡Ahora me exiges!

CARLOS *(suave; encogiendo los hombros)*: Está claro que con usted no se puede hablar.

ARACELIO: ¡No me interrumpas! *(Otro tono.)* Todo eso me asquea. *(Otro tono.)* ¡Déjame! *(Otro tono.)* Oh, perdón. *(Mira a CARLOS, suplicante.)* Apenas sé lo que digo. *(Pausa. Otro tono.)* He olvidado un poco el orden. Hay cosas que uno, muchacho, aunque quiera contarlas, punto por punto, se ve imposibilitado. Algo le falta. Algo está roto. Y si habla de ellas cae uno, sin proponérselo, en el aire. *(Pausa breve. Otro tono.)* Qué cosa, Dios mío. Es igual que un sueño. Giramos, giramos. En el vacío, globos, hojas... Ignoro si fue un día o muchos... Se agolpan, se entrecruzan... Yo sudaba fiebre. ¿A causa de qué...? La verdad se me atraganta. Algún arañazo, alguna herida... La resolana, el cansancio, la poca comida. *(Otro tono.)* Habíamos pasado por la finca de los Muñoz, de los Pitises, por Dos Brazos... Y estábamos a unas cuantas leguas de la zona de Palmarito, por estos contornos... Quizás esté cambiando, mezclando... A uno se le escapan mil detalles... Lo que te aseguro es que lo veo como si estuviera ocurriendo ahora... Las tropas de Garrido se escurrían, entre los yerbazales, como gatos jíbaros. *(Pausa. Se transfigura.)* Suárez se me acerca... Durante todo el día estuvieron reunidos... Asuntos, problemas, discusiones... A ciencia cierta, ahora no recuerdo... Creo que era la táctica a seguir... Yo estaba tirado debajo de una seiba.

Volaba en calentura, pero sin rechistar. El airecito aquel era una bendición... «Aquí me tienes.» Y me entregó un mapa... Un mapa, amigo mío... «¿Por qué, general?» Se sonrió. Los ojos se le iluminaron. Se me acercó... (*Rengueando se acerca a CARLOS, luego mira, con gran sigilo, a su alrededor.*) «El fortín de la Candelaria es un punto estratégico, el lugar que alimenta de armas al enemigo en toda la provincia. Prácticamente, un arsenal de guerra. Tú eres el designado para tomarlo, aprovisionar la tropa, y después devastarlo. Eso significa que si tú cumples el objetivo, realizarás la epopeya más grande de la Revolución. Es como si te posesionaras de la Isla de Cuba. Aracelio, la primera operación que debes llevar a cabo...»

CARLOS: ¿Eso te dijo?

ARACELIO: Y yo, sin poderme aguantar, se me saltaban las lágrimas. (*Pausa breve. Otro tono.*) «He dedicado buena parte de mis noches a trabajar y analizar el terreno. Tomando esa posición, cumples una meta. La isla en tus manos. Demostrarás al enemigo nuestra fuerza, los vecinos de la zona serán liberados, nuestras tropas crecerán convencidas de que ganaremos, y con ese impulso nadie podrá detenernos.» «General, yo...»

CARLOS (*interrumpiendo*): Es extraordinario...

ARACELIO: Admito que no podía creerlo. (*Pausa breve. Otro tono.*) «Vadeando las montañas, evitarás cualquier cerco. En forma de zigzag...» «¿Y usted, general?» «¿Yo?» (*Otro tono.*) Sospecho que me quedé dormido. O empezó un tiroteo. La columna de Garrido, carajo, ¡como un aurero! (*Otro tono.*) «Afinca, muchacho.» (*Otro tono.*) Es posible que fuera de madrugada. Salí, encañoné el rifle. «¡General Suárez...!» Rastreándome, entre los cascotes de los caballos... El olor de la pólvora... Coño, al menor descuido, en la golilla. (*Otro tono.*) Era una imprudencia de las claras. Lo reconozco. Pero tenía que salvarle el pellejo al general... Vinieron varias descargas de plomo y sentí que se me quebraba la pierna... ¡No! Eso lo sentí más tarde. (*Otro tono.*) «General, general.» (*Solloza. Pausa.*) Traté de incorporarme. La pierna del pantalón estaba empapada en sangre. Ángel y su primo Leonel, a mi lado... (*Sobresaltado.*) «¿Y el general? ¿Y Suárez?» «Nada pudimos hacer. Se apoderaron del cadáver, por mucho que forcejeamos. Nada, nada. Mi tío Indalecio, como un cohete, se internó en la manigua. Andamos sin rienda y sin montura...» (*Rápido.*) «¿Qué roña, ustedes...» (*Rápido.*) Me quitaron la palabra de la boca. «Tenemos que dejarte. Esto huele a chamusquina. Tu caballo lo mataron. Y, a todas luces, parece que las tropas de Garrido están trazando un cerco. Vámonos.» (*Rápido.*) «Aguanten, coño. Tienen que llevarme. Me han confiado una misión.» La pierna me dolía y la fiebre, sí, la fiebre, y la sed... (*Jadeante.*) «Hay que tomar y devastar el fortín de la Candelaria, a ver si echamos a esos cabrones de la isla. Aquí tengo el mapa. Suárez me lo entregó.» (*Pausa.*) Estaba como loco, revolviéndome, allí, con aquellos dolores, y luego, éstos... «Dame el mapa.» «¿Cómo?» «Dame el mapa.» «Ni muerto.» (*Otro tono.*) A brazo partido, nos enredamos. Leonel, viendo que no podían conmigo, sacó el revólver... Ángel dijo: «Vamos.»

JUAN: ¡Degenerados!

PEDRO: Merecen que los cuelguen...

CARLOS (*interrumpiéndolos; a ARACELIO*): ¡A mí también...! Algo parecido.

ARACELIO (*interrumpiendo*): ¡A ti?

CARLOS: Si tengo un chance... A los dos, algún día, los hago polvo.

ARACELIO: Son de argolla y faja. (*Otro tono.*) Y, ¿qué fue? (*Otro tono.*) Por tu cara se ve que pinta feo.

CARLOS: Cuando pienso que los nuestros son capaces de semejantes porquerías... *(Otro tono.)* Es darle gusto al enemigo. *(Otro tono.)* Miren, ¡miren cómo se fajan entre ellos!

ARACELIO: ¡Convéncete! ¡Viven a la desbandada!

CARLOS: Lo mejor, como dice el refrán, «échale tierra y tápalo».

ARACELIO: ¿Y vas a quedarte así?

CARLOS: ¿Vale la pena hacer algo?

ARACELIO *(violento)*: A mí, esa filosofía, no... ¡jódete tú! Yo... ¡ojo por ojo y diente por diente!

CARLOS: Nada vamos a remediar.

ARACELIO: Es bueno, hijo, que se sepa. Porque si tú, de un modo o de otro, te lo tragas... *(Frenético.)*

¡Por qué no hablarlo? ¡Por qué no gritarlo a los cuatro vientos? ¡La verdad! ¡La verdad! *(Rotundo.)*

¡No! Yo no pienso como tú. A los desmadrados, ¡guerra sin cuartel!

CARLOS: No es el momento, general.

ARACELIO: ¿Cómo que no es el momento? ¡Tendremos que permanecer como estatuas de piedra esperando el momento? ¡Cuándo, dime, cuándo será? *(Se precipita sobre CARLOS.)*

CARLOS: A río revuelto...

ARACELIO *(fuera de sí)*: ¡Dímelo! ¡Cuándo? *(Pausa larga. Se aparta de CARLOS, lentamente.)* ¿Y lo tuyo?

CARLOS: ¡No sé cómo empezar!

ARACELIO *(mirándolo fijamente)*: Con la verdad en la mano, cualquiera hace de mí lo que quiera.

(CARLOS rehuye la mirada.) Ninguna confianza muestras. *(Otro tono.)* ¿Piensas que yo, en una oportunidad, puedairme de la lengua?

CARLOS *(en un exabrupto)*: ¡Me atosigas! ¡Estoy hartos! Siempre lo mismo... ¡Soy hombre, coño! ¡Sé lo que hago! ¡Sé lo que digo! ¡Sé lo que pienso! Déjame... *(Otro tono.)* No, eso no... *(Otro tono.)* ¿Crees que soy imbécil, que algo no me funciona? *(Exaltado.)* ¿Qué quieres? Dígame. O me voy a volver loco. *(Pausa. Logra reponerse. Otro tono.)* Miro hacia arriba, veo las estrellas, y digo: «Ahí están ustedes como testigos. Ustedes, mejor que yo, pueden cerciorarse si tengo o no razón... La imagen de mi padre me sigue, me persigue... Se agita dentro... Sueño con él... Imposible remediarlo. Su entereza, su pulcritud en el afecto...» *(Pausa. Ahogado entre sollozos.)* ¿Esperas sacarme todo lo que doy! ¡Qué perorata! ¡La verdad! *(Pausa. Otro tono.)* Yo mismo veo, allá en la tierrita, que las gentes se van como en remolinos y dejan sus parcelas abandonadas, y la vieja que lloriqueaba por los rincones, como ánima del purgatorio, con una eterna matraquilla, vete al pueblo, vete al pueblo, y yo me voy, y empiezo a trabajar en una herrería, pero la hambruna era de apaga y vámonos, y entonces me encuentro que la gente del pueblo deja sus casas, lo deja todo, y me miran como a bicho raro, ¿vas a trabajar para los españoles? ¡A la manigua! ¡A la manigua! *(Sofocado.)* De carretilla quisieras, aunque me comiera los hígados, que despotricara... Pues ya lo ves, eso estoy haciéndolo. Es una lástima que no llegues a comprenderme.

ARACELIO: Formas una revertera.

CARLOS *(gritando)*: ¡Aguántenme!

ARACELIO *(indefenso)*: Como un bólido...

CARLOS: Usted quiere que le cante, que le cante... ¿No es cierto? Usted quiere que le diga lo que fue. Usted quiere la verdad. ¿Sí o no? ¡Bien! Con pelos y señales. Usted dice: «A este bobo lo he calado. En tres y dos me lo meto en el bolsillo. Suelta prenda, ¡chiquito!» ¡Bien! ¡De acuerdo!

Cantaré hasta cansarme. No podrá detenerme. Como un grifo de agua, como un temblor de tierra, como una avalancha. ¡Zumbaré! Aprovechese de mi odio. Aprovechese de mi mala sangre. (Pausa breve.) Ángel y Leonel me engatusaron. Me prometieron villas y castillos. Me dijeron que el general Antonio, que Flor Combet, que Quintín Banderas, que Guillermo Moncada, que Saturnino Lora... ¡Vaya, que los tiros estaban sonando...! Como un guanajo: «Voy por buen camino». Sin pensarlo, agarré el caballo y con estos vecinos de la zona nos metimos en la manigua. Al encontramos con Ángel y Leonel en la casa del camagüeyano, donde el general Antonio y Flor se entrevistaban con la gente, la cosa cambió. Pero, ¿y esto? ¿Cómo es posible...? Me quedé aturullado. Le dije que mi padre Silvio Santana, que el Chino Viejo, en la Guerra Grande, que yo, en los mangos de Baraguá... «Eso no me interesa. Puedes ser un infiltrado. Un traidor...» Le aseguro que no... Juro y perjuro. Ni el más mínimo caso. «Confiesa.» Yo, coronel, temblaba de ira, de odio. «Te vamos a fusilar.» «Señor, yo le juro... Soy hijo de mambí... No puedo traicionar... ¿Cómo...? Si la Revolución es cosa mía...» (Pausa.) Al fin pude escaparme, y ellos... (Señala a los escoltas.) ¿Satisfecho?

JUAN (fingiendo): ¡Es para matarlos!

PEDRO (entre risas y gran sarcasmo): ¡Síguele la corriente!

FELIPE: ¡Cállense!

PEDRO: La verdad, mi socio...

FELIPE: ¡Con un tapón...!

ARACELIO (confuso): Si es verdad lo que me cuentas... (Otro tono.) ¿Cómo no me enteré? Yo formaba parte con el general Suárez y con Indalecio Cruz... y estuve en la entrevista con el camagüeyano y la gente... (Otro tono.) Es para haberle plantado los caballos, como quien dice. (Otro tono.) Cuando los agarres...

CARLOS: ¡Lo tengo jurado!

ARACELIO: No demorará mucho, porque a pesar de mi pierna...

CARLOS: Confías demasiado.

ARACELIO: Pronto me conocerás, muchacho. Guajiro, guajiro de tierra adentro, guajiro de verdad, allá donde se pierde la jutía... (Otro tono.) ¡Soy capaz...! En el estado en que estoy, sin apenas poderme valer, me sobra esperanza. (Otro tono.) El mal, no te apures, no será hoy, no será mañana... ¡Pero exigiré!

CARLOS: Te confieso que yo tendré sumo cuidado... La mayoría de las veces la gente buena desaparece y esos bribones andan haciendo de las suyas. Y con tipos de tal calaña, ¡me niego! (Pausa.) Volveré al rancho, me ocuparé de mi madre y de mis hermanas, sembraré la tierra y... y después me buscaré un trabajito para ir tirando, en el pueblo.

ARACELIO: ¿Te vas?

CARLOS: Sí, nos vamos.

ARACELIO: No seas chiquillo. (Otro tono.) ¿Dejas la Revolución? ¿Dejas la verdad? (Pausa.) Las tropas de Garrido, al menor instante cuando asomes la cabeza...

CARLOS: Yo me entiendo. (Otro tono.) Para llegar hasta aquí me burlé del cerco...

ARACELIO: ¿Pudiste? (Gesto indefinido de CARLOS. Transfiguración de ARACELIO que, en su delirio, apenas ha tenido tiempo para reflexionar.) Pero, por lo que más quieras... Te ruego, te suplico que no me dejes. Llévame contigo. Sácame de aquí... Y yo me iré, a como sea, por el bajío de las Palomas

Muertas, y cruzaré la sabana de las Tres Cruces hasta llegar al camino de San Benito para buscar un enlace...

CARLOS (*perplejo*): ¿Que te lleve, dices?

ARACELIO: Sí, como un trasto viejo. Compláceme... que te recompensaré...

CARLOS (*con intención*): ¿Con qué?

ARACELIO: Detrás, en las ancas del caballo, ¿qué pierdes? A nadie molestaré. (*Como un niño*.) Di que sí. (*En un acto desesperado cae de rodillas*.) Aunque sea cojo. ¡Sácame de este atascadero!

CARLOS: ¡Levántese, coronel! (*Ayuda a incorporar a ARACELIO*.)

ARACELIO: ¡Un favor, por piedad! (*Otro tono*.) Después sabrás lo que es un amigo. (*Otro tono*.) Me es camino... Con un esfuercito, sin agitarse... ¿Por qué no vienes conmigo?

PEDRO (*con intención, a CARLOS*): Una caridad, compadre.

JUAN (*con intención, a CARLOS*): Llévalo, total...

CARLOS (*a FELIPE*): ¿Y si se niega después?

FELIPE: No le des más vueltas. Aquí nos la jugamos toda. Como hace la mayoría... ¡Libertad o muerte! (*Otro tono*.) Allá en el caserío de las Dos Piedras, a medianoche, a machete limpio, sin reparar en nada, ni en nadie, la gente combate duro... ¡Tú decides!

CARLOS (*a ARACELIO*): ¡Vamos!

Los escoltas se van. CARLOS toma del brazo a ARACELIO y caminan juntos, lentamente.

ESCENA QUINTA

CARLOS y ARACELIO.

ARACELIO: Espera. (*Pausa. Da unos pasos vacilantes. Mira a su alrededor*.) Gracias. (*Pausa*.) Árboles, manigua mía.

ESCENA SEXTA

Dichos. FELIPE, JUAN y PEDRO.

FELIPE (*entrando*): Tengan cuidado.

Intenso tamborileo.

PEDRO (*entrando*): Rápido, alférez... y usted, coronel.

Se oyen gritos, cantos.

FELIPE: ¿Dónde nos metemos?

ESCENA SÉPTIMA

Dichos y el VENDEDOR AMBULANTE.

VENDEDOR (*afuera*): Baratijas para las damas enamoradas. Pañuelos, perfumes.

Entra el VENDEDOR AMBULANTE. Esquelético, pintarrajeado, vestido de hojas silvestres, yerbajos, raíces y tela de yute, de la cintura a los pies. El resto del cuerpo, desnudo. Carga a sus espaldas un maletín de madera raída. Colgado a la cintura trae un tambor rústico que golpea con un palillo enorme. En la mano izquierda sujeta un paraguas o sombrilla china, desvencijada: le cuelga en el brazo izquierdo un asiento portátil de troncos y cuero duro.

VENDEDOR: Aromas de Arabia. ¡La guerra ha empezado!

CARLOS: ¡A un lado! ¡Atrás!

Los escoltas bajan las armas. El VENDEDOR AMBULANTE, ignorando la presencia de los otros personajes, se mueve con una dignidad imprevista, casi solemne. Su voz es a veces chillona, a veces aflautada, a veces ronca.

VENDEDOR: Los palos del monte, señoras, caballeros. Los palos del cielo. Conchas, estrellas, flautas de jade. ¡La guerra! Yemas de coco, mensajes, sortijas, culebras. Rompe-zaragüey, escoba amarga, guisazo de Baracoa, para las enfermedades del riñón. Itamo real, yerba mora, trepadora, mastuerzo, paraíso, rosedá. ¡La guerra! Ateje, algodón, belladona, mar pacífico, culantrillo, jobo, higuiereta, flor del río, flor del agua... Maravilla, cundeamor, curujay, campana blanca, campana morada, albahaca, verdolaga, mariposa. ¡La guerra! ¡El pueblo de Cuba está en pie de guerra!

El VENDEDOR AMBULANTE deja de tocar. Se detiene con un golpe seco en el suelo. Sitúa la sillita portátil en primer plano. Pone la sombrilla a un lado. Se zafa el tambor y lo pone en el lado opuesto de la sombrilla. Descuelga la maleta. Respira hondo. Hace breve ejercicio de calistenia.

PEDRO: Es un provocador.

JUAN: O un chivato.

FELIPE: Alejémonos.

CARLOS: ¡Quietos!

FELIPE: Mejor sería... (*Levanta el arma.*)

CARLOS: ¡Un paso atrás!

VENDEDOR (*gritando*): ¡El pueblo de Cuba está en pie de guerra! (*Mirando al grupo.*) ¡Ay de aquel menguado y falto de fe! (*Se sienta.*) El monte se llena de espíritus... (*Toma la maleta.*) Municiones y explosivos... ¡Bam-bam-bam...! Municiones y explosivos... ¡Pum-pum-pum!

PEDRO: Este tipo, alférez...

JUAN: Agita, bobo.

FELIPE: Con esa maleta...

CARLOS (*a FELIPE*): Averigua.

FELIPE se acerca al VENDEDOR.

FELIPE: Eh, tú. ¿Cómo te llamas? ¿Qué haces?

El VENDEDOR permanece inmutable.

VENDEDOR: ¡Baratijas para las damas enamoradas! Pañuelos, perfumes. Aroma de Arabia. Palos del monte, señoras, caballeros.

FELIPE: ¿Estás sordo? (Le encañona.) ¡Contesta!

VENDEDOR: Los palos del cielo. Conchas, estrellas, flautas de jade... ¡La guerra! ¡La guerra!

CARLOS (a FELIPE): ¡Déjame a mí! (Al VENDEDOR:) Señor...

VENDEDOR: Eliecer... Me llamo Eliecer... Algodón, belladona, mar pacífico, flor del río, flor del agua...

CARLOS: ¿Qué traes ahí?

VENDEDOR (con una risita extraña): ¡Ahí? (Pausa. Con sigilo.) Caracoles, maravilla, cundeamor, campana blanca, campana morada, verdolaga, mariposa, albahaca. Municiones, explosivos... ¡Bam-bam-bam! (Los otros personajes dan un paso hacia atrás, atemorizados.) Lo invisible.

CARLOS: ¿Lo invisible?

VENDEDOR: Sí, lo invisible.

CARLOS: ¿Puedo verlo?

VENDEDOR: ¡Si te atreves!

CARLOS: ¡Enséñamelo!

VENDEDOR (de un salto, se pone de pie; poseído, extraño): Ah, Olorum. (Cae de rodillas. Riega ron de una botella.) Todo viene de arriba, pero está abajo y en todas partes. (Golpea tres veces en el suelo.) Olodumare. Bendito seas. (Extiende los brazos a CARLOS.) Tú eres el hijo de Silvio Santana... eh, muchacho. (CARLOS asiente.) Mira... (Abre la maleta. Está vacía. Se ríe misteriosamente.) El enigma es un ardid. (Se pone de pie, nuevamente.) Traigo un mensaje.

CARLOS: ¿Un qué?

VENDEDOR: No vociferes... Entre tú y yo... Algo que te interesa.

CARLOS: Venga.

VENDEDOR: Tramando planes.

VENDEDOR: Ángel y Leonel.

CARLOS: ¿Los conoces?

VENDEDOR: Entre las rocas y las barricadas.

CARLOS: ¿Estás seguro?

VENDEDOR: Como estoy vivo.

CARLOS: Afloja, corre.

VENDEDOR: Dicen que te demoras.

CARLOS (violento): Bonita gracia.

VENDEDOR: Que no has cumplido.

CARLOS: ¿Por qué ellos...?

VENDEDOR: Te repito lo que he oído.

CARLOS: Hago lo que puedo.

VENDEDOR: Hacia acá se dirigen...

CARLOS: ¿Que Ángel...?

VENDEDOR: Como oyes.

CARLOS: Imposible creerlo.

Bufando y encabronados...

CARLOS: Pero...

VENDEDOR: Los dos.

CARLOS: Ellos sabían...

VENDEDOR: ¡Ejem!

CARLOS: Ahora mismo... *(En su arrebatada, intenta salir; el VENDEDOR lo detiene.)*

VENDEDOR: Las tropas de Garrido están emboscadas en toda la zona. El cerco es monstruoso. Jugando cabeza casi es una locura salir de aquí. Entérate, si no lo sabes, que la gente que quedaba en Manzanillo y Bayamo por hambruna se han ido a la manigua, que todos, todos se sacrifican. *(Otro tono.)* Leonel te echará el guante... Ángel se encargará del otro. *(Señala a ARACELIO.)* ¿Es ése?

CARLOS: Sí.

VENDEDOR: Mi madre, sacúdete.

ARACELIO: ¿Qué se trae ese hombre?

CARLOS: Si le diera crédito... *(Al VENDEDOR.)* Dile lo que tienes que decir.

VENDEDOR: ¿Yo? Conmigo no pienses que... *(Cierra la maleta y se la cuelga a las espaldas.)* Y si luego la cosa... *(Se amarra el tambor a la cintura.)* Tú eres bobo. Bastante hice. Estás advertido.

ARACELIO: No saldrás.

VENDEDOR: A cambio me pagan... *(Se cuelga la silla portátil al hombro. Los escoltas lo rodean en semicírculo. Toma la sombrilla.)* Nada de violencia. Metiéndome miedo, sólo conseguirán... Si hay justicia.

CARLOS: ¡Déjenlo!

VENDEDOR: Seguiré camino... Hacia el norte, hacia el sur, hacia el este, hacia el oeste...

ARACELIO: Pero, ¿cómo puede?

VENDEDOR: Baratijas para las damas enamoradas. Pañuelos, perfumes. Aromas de Arabia. Los palos del monte, señoras, caballeros. Los palos del cielo. Conchas, estrellas, flautas de jade. Yemas de coco, mensajes, sortijas, culebras. Itamo real, rompe-zaragüey. ¡La guerra! ¡La guerra!

TELÓN RÁPIDO

Segundo acto

ESCENA PRIMERA

ARACELIO y CARLOS.

ARACELIO: ¡Qué barbaridad! ¡Es inconcebible!

CARLOS: ¡Por qué? *(Otro tono.)* Guerra avisada...

ARACELIO: No metas baza.

CARLOS: Tenlo al seguro.

ARACELIO: Pues que se lo quite de la cabeza. Jamás conseguirá, que yo... Prefiero antes...

CARLOS *(rápido, interrumpiendo)*: Formas un enredo. Por gusto...

ARACELIO: Me los imagino... Querrán con palabras bonitas... y si no, a tiro limpio... ¡Los conozco! *(Disparos lejanos.)* Que me eche para atrás, que me incorpore... Es más, se lavan las manos, y aquí no ha pasado nada. Como todos los que empiezan...

CARLOS *(rápido, interrumpiendo)*: ¿Estás oyendo?

ARACELIO: ¿Qué?

CARLOS: El tiroteo.

ARACELIO: De algún modo, vámonos.

CARLOS: ¡Qué ratonera!

ARACELIO: Acompáñame.

CARLOS: Aguanta.

ARACELIO: Perro viejo sabe.

CARLOS: Mi padre decía...

ARACELIO: Cuanto más rápido, mejor: Quien hace uno, hace un ciento.

CARLOS: Recoge lo que tengas.

ARACELIO: Con estas yerbas me basta.

CARLOS: ¿Sólo eso?

ARACELIO: ¡Ajíla!

CARLOS: Tremendo corre-corre se armará. Estoy pensando que nos arriesgamos demasiado, y usted, con esa pierna...

ARACELIO: Tienes miedo.

CARLOS: No me achuches. *(Otro tono.)* ¿Qué más vas a llevar?

ARACELIO: El mapa.

CARLOS: ¿Lo traes encima?

ARACELIO: ¡De sobra lo sabes!

CARLOS: ¿Me permites?

ARACELIO: A ti, sólo a ti. *(Saca el mapa del interior de la camisa.)* ¿Crees que yo me regalo a toda la gente?

CARLOS: ¡Vaya honor, general!

ARACELIO: Tómalo como quieras. Eres la única persona...

CARLOS *(interrumpiendo)*: La humedad lo está echando a perder.

ARACELIO: Te parece poco el sudor, el rocío de la madrugada, las lloviznas... Son siete días con siete noches... El primer día me cayó un chaparrón... Trátalo como si fuera la niña de tus ojos. *(Pausa. Otro tono.)* Ay, esta maldita pierna.

CARLOS *(observando el mapa)*: Debieras guardarlo en otro sitio. ¡Para mayor seguridad!

ARACELIO: Ese muere conmigo.

CARLOS: Podríamos meterlo en un forro de la cantimplora.

ARACELIO *(rápido)*: Vanaglóriate de que te lo haya prestado. A nadie, te juro que a nadie, en este mundo...

CARLOS *(sutilmente sarcástico)*: Gracias, coronel. *(Otro tono.)* Sería importante estudiarlo, por menorizar en los detalles, no sé, es un decir...

ARACELIO: Te confieso que apenas he tenido tiempo. Una vez quise y no entendí nada... Pensé que era la fiebre, que los dolores me impedían ver con claridad. Saltaban unas bolitas, unos signos, jeroglíficos, hijo, y me nublaban... *(Otro tono.)* «Aracelio, te vas a volver loco, esconde eso y no comas catibía...» *(Se sonríe.)* ¡Arrechuchos, muchacho, arrechuchos de viejo!

CARLOS: Si no tiene inconveniente, podríamos...

ARACELIO: A la verdad que es hermoso.

CARLOS: Ya lo creo.

ARACELIO: A mí me gustaría que tú...

CARLOS *(rápido)*: Nada fácil, Coronel.

ARACELIO: Pero tú puedes descifrarlo.

CARLOS: Para esto se necesita mucha cabeza.

ARACELIO: Fíjate ahí...

CARLOS: ¡Dónde lo extendemos?

ARACELIO: ¡Ven! Ven hacia acá. *(Otro tono.)* ¡Ay, esta desgraciada...! *(Se aprieta la pierna fuertemente.)*

A mí la verdad... ¡La verdad! Sobre todo la verdad... *(Dibuja un mapa en el suelo con un bastón.)*

Según afirmas, las tropas de Garrido han cubierto toda esta zona... A legua y media... El fortín de la Candelaria... Podríamos entrarle por sorpresa... Por el flanco izquierdo, deslizándonos, entre los verbajos y aromas... Con extrema cautela, bordeando el río, de golpe, a machete limpio... Esa es otra posibilidad. Tal vez sería mejor formar un gran revuelo, tratar de arrinconarlos en el cuchillo... *(Los dos van saliendo del escenario lentamente.)* Arriesgándonos, a lo peor... Ahora veremos. ¡Ven!

ESCENA SEGUNDA

JUAN, PEDRO y FELIPE.

JUAN: ¡Pobre tipo!

FELIPE *(entre risotadas)*: ¡Qué cambalache, nene! ¡Qué jarana!

PEDRO *(a JUAN)*: Oye bien lo que te digo, aquí, entre nosotros, es una vaina. Con la cama que le están haciendo y ni la huele...

JUAN: ¡Eh...? Pero, ¿qué es lo tuyo? Hace un momento: «Se me parte el corazón. ¡Este hombre! A la verdad que las cabronadas, a la verdad que las injusticias...» *(Otro tono.)* Y ahora le tienes

tirria. En firme, no te comprendo.

PEDRO: Es que me descompone. ¡Cuestión de principios...! Una vez pasa, pero dos...

JUAN: A mí, en lo que me toca, me deja listo. No puedo evitarlo. Mira que he oído historias... ¡Ninguna de este calibre!

FELIPE (*entre risotadas, burlón*): A ustedes, por lo que veo, cualquier cosita les parece algo fantástico.

JUAN: No chives, compadre.

FELIPE (*serio*): Busca algunos ejemplos...

PEDRO: Asegún y a como sea.

FELIPE: El general Antonio, allá, en la Guerra Grande, me cuentan, se quedó solo y resistió. (*Enérgico*) Resistió como un león. (*Otro tono*) Recuerda a Alberto Infante, con sus dos piernas mochas, y al que perdió el ojo, y al que perdió el brazo de cuajo, y a tantos, tantos, todavía con el machete en la mano. Ni la hambruna, ni el frío, ni el resistero... Eso es lo que vale. Lo demás son palabras...

JUAN (*con desdén*): Eres incapaz...

FELIPE (*violento, interrumpiendo*): Perdona que te lo diga: el sentimentalismo a un lado. Analiza. (*Pausa. Otro tono*) No me salgas con monsergas ni con cuentos chinos, que si es bueno, que si los Angelitos, que si nosotros, que patatín, que patatán... En definitiva, a la hora del cuajo, cada uno responde a lo que es.

JUAN (*violento*): Tus teorías, ¡coño!

FELIPE (*burlón, caricaturizando a un gato*): Engrífatte. ¡Allá tú!

JUAN: Digo lo que me da la gana. ¡Si te gusta, bien, y si no, también!

PEDRO (*a JUAN*): ¡Llevas las cosas a una intransigencia!

JUAN (*a PEDRO*): ¡Quítate! (*Otro tono*) ¡Que se vaya a la casa del carajo! (*Pausa. Mascullando*) El muy... Le aplastaría el casquete y con un jaquimazo en los riñones y otro en el trasero, le probaría que... (*Fuera de sí*) ¡No me agiten!

FELIPE vuelve, burlón, a caricaturizarlo.

PEDRO: ¡Calienta, Felipe!

JUAN: ¡Déjalo! Si se propasa, se la descargo...

FELIPE (*a JUAN*): ¡Lánzate...! ¡Coraje! Prueba que eres macho. Te quedas a mitad de camino. (*Pausa. A PEDRO*) Por eso pienso que a todos no se les puede hablar de igual a igual. Como decía mi abuelo, distancia y categoría.

JUAN: Tú, en una situación como él, estarías cagado, mi socio, de lo que no hay remedio.

FELIPE: Este jaquetón resulta...

PEDRO: Si le das cuerda...

FELIPE: ¡Un sopapo a tiempo!

PEDRO: ¡Búscalos! ¡Provócalos!

FELIPE: Recomiéndalos, Pedro...

JUAN: ¡Al diablo los dos! (*Se van hacia el fondo. PEDRO está desconcertado*)

FELIPE (*a PEDRO, muy seguro*): No lo tomes tan a pecho. ¡Que desahogue! Ya se le pasará... Y entrará por el carril, mansito, mansito... (*Otro tono*) Lo que nos interesa es que Aracelio suelte el mapa... (*Otro tono*) Si sale de aquí, si se cura, si quiere irse a buscar un enlace, si continúa con nosotros, eso es harina de otro costal. (*Juntos se van hacia el fondo*) Debemos estar en acecho...

ESCENA TERCERA

CARLOS y ARACELIO.

CARLOS (*doblado y entregándole el mapa*): Está todo detallado y con una precisión que asombra. Lo que tienes en las manos es oro... Decías que no sabías y lo manejas a las mil maravillas. (ARACELIO responde con una mueca de dolor.) Al grano, ¿estás listo? (*Pausa breve.*)

ARACELIO (*tocándose la pierna; adolorido*): ¡Vete tú!

CARLOS: ¡Ahora usted...?

ARACELIO: Imbécil.

CARLOS: ¡No quedamos...?

ARACELIO: Nada.

CARLOS: ¡Cómo que nada? (*Pausa.*) ¡Le duele otra vez?

ARACELIO (*rápido*): Un poquito. (*Otro tono.*) No, estoy mejor. (*En un alarido.*) ¡Ay!

CARLOS: Pero, coronel... (*Otro tono.*) ¡Óigame, coronel!

ARACELIO *ha doblado el cuerpo, entre espasmos y alaridos.*

ARACELIO: Alfileres... Miles de púas quebrando dentro...

CARLOS: ¡Acérquese!

ARACELIO: Picotazos.

CARLOS: Siéntese.

ARACELIO (*muy agitado; intenta sentarse, no puede*): Como un perro rabioso, Carlos.

CARLOS: ¿Dónde puso las yerbas?

ARACELIO: Demonios, las fuerzas por el suelo... (*Indica dónde están las yerbas. CARLOS, rápidamente, busca.*) ¡Ah...! Sí, más allá. (*Logra sentarse. Indica dónde están las yerbas. Otro tono.*) Me traspasa de lado a lado.

CARLOS (*a su lado*): Tranquilícese. (*Le pone las yerbas en la pierna.*) Respire hondo. Cuente hasta diez. Despacio, coronel.

ARACELIO: Estoy baldado.

CARLOS: Calma.

ARACELIO: Apriétame las manos. (*Entre sollozos.*) Quisiera morir.

CARLOS (*con gran ternura*): Mi madre, cuando pequeño... Uno, dos, tres, el niño, tralalá...

ARACELIO: Desángrame. Rápido, el machete. Sin piedad... (*En un arrebato.*) ¡Ay! (*Pausa. Otro tono.*) Ay...

CARLOS (*cantando, musitando*): Sana, sana...

ARACELIO: Córtame la pierna.

CARLOS: Si te mueves... (*Da unos pasos.*)

ARACELIO: No me dejes. (*En un grito.*) ¡Arráncamela!

CARLOS: Estoy buscando algo.

ARACELIO: Llévame.

CARLOS: Piensa en otra cosa.

ARACELIO: Qué fácil tú lo ves, hijito...

CARLOS: Ponte en pie. Prueba.

ARACELIO (violento): ¡Apártate! (Otro tono. Golpeándose.) ¡Mierda! ¡Mierda! (Pausa breve.) Toma el mapa. (Le entrega el mapa.) Tenlo tú. Guárdalo... (Intenta ponerse en pie.) Cuídalo. Ay, la cabeza me da vueltas... Estoy sudando la gota gorda. Sujétame. No se lo entregues a nadie. Ni a tu madre. Ni por la fuerza. Mira que confío en ti. Júramelo. (Pausa. Intenta agarrarle la pistola que CARLOS tiene colgada al cinto. No puede. Intenta sacar la suya.) Te suplico...

CARLOS (lleno de horror): Aracelio, usted...

ARACELIO se desploma.

ARACELIO (casi en un desvarío): Estas punzadas. (Pausa. Otro tono.) A mal tiempo buena cara. (Pausa. Hace un esfuerzo por incorporarse.) ¿Quién puede soportar esto? Ni al peor enemigo se lo deseo... (Vuelve a desplomarse.) Estamos varados por mi culpa. Esta sangre enferma, en oleadas... (Otro tono, en pleno desvarío.) Ahí, están ahí, como bichos de mal agüero. Míralos (Más violento.) Me cago en ustedes, hijos de puta. (Otro tono.) ¿Dónde están mis compañeros? ¿Dónde están mis hermanos? ¿Dónde está el general Antonio? ¿Y el Chino Viejo? ¿Andarán como perdidos en la manigua o despertando la guerra? Ay, general Suárez, tú que estás bajo tierra... o sabe Dios en qué sitio... Oh, muerte, llévame contigo... Carlos, mátame... Dame un balazo. No te achiques. Rápido. A nombre de tu padre. (CARLOS, horrorizado, da unos pasos hacia el fondo.) ¿De qué hablas? No, ¡tú no eres Silvio! Huye, sombra... Respóndeme, Carlos. ¿Dónde estás? ¿Dónde? (Otro tono.) Búrlate.

CARLOS (temblorosa, lleno de pavor): Imposible. (Tantea su pistola.) Si yo...

ARACELIO: Van disminuyendo... los calambres.

CARLOS: Nos quedaremos.

ARACELIO: Pamplinas.

CARLOS: Acomódese bien.

ARACELIO: El mal avanza... lo nubla todo.

CARLOS: Estese quietecito.

ARACELIO: Cuando me acosa...

CARLOS: ¡Chist...! Como un niño bueno.

ARACELIO: Veo, creo que estoy viendo, en la lejanía, una humeante claridad, alas, hojas... Una estrella brilla y se pierde, y la busco a mi alrededor, y me toca, sé que me toca, y salta y me ciega... (Gritando.) Suárez, Suárez, ¿dónde está la verdad? (Pausa. Otro tono.) Hacia allá... Sí, hacia allá...

CARLOS: ¿Qué busca?

ARACELIO: La pólvora... El olor de la pólvora... Yo andaba entre los cascos de los caballos... General, general... (Furioso.) ¡Vete!

CARLOS: ¡Qué majadero eres!

ARACELIO (frenético): Déjame. Cuatrerros. Diablos sueltos.

CARLOS: ¿Estás loco?

ARACELIO (en un arrebatado increíble se pone en pie): Esfúmate o te mato. (CARLOS se aparta. Los escoltas se ven en la sombra, expectantes.) Oh, tierra, esta putañera pierna me vence. (Se desploma, cae al suelo como un fardo.) Ayúdame en el sueño. Ya no puedo más. (Pausa. CARLOS saca la pistola de la funda y apunta.) ¡Viva Cuba libre! (Se extiende en el suelo.) Por fin moriré en paz. (CARLOS vacila. El arma cae al suelo.)

ESCENA CUARTA

JUAN, PEDRO, FELIPE y CARLOS. ARACELIO, a un lado, aúlla.

CARLOS: Déjenlo... El sueño no tardará.

JUAN: Suda como un caballo viejo.

CARLOS: Da grima.

Pausa. FELIPE se sienta en el tronco de un árbol. Mientras limpia el fusil, comienza a silbar una canción de cuna. JUAN y PEDRO lo imitan. Momentos después, JUAN ensaya un arrullo y PEDRO tararea, con cierta displicencia, la misma canción. De pronto, los tres, arbitrariamente, han iniciado el canto de un modo desarticulado, sin conservar ninguna armonía externa. Es importante destacar, como contrapunto, el ruido que hacen montando y desmontando los fusiles, al mismo tiempo que los limpian. La canción nunca termina.

CORO: Duérmeme mi niño,
duérmeme mi amor,
duérmeme pedazo
de mi corazón.
Este niño lindo
que nació de día
quiere que lo lleve
a la dulcería.
Este niño lindo
que nació de noche
quiere que lo lleve
a montar en coche.
Señora Santana,
¿por qué llora el niño?
por una manzana
que se le ha perdido...

Pausa larga.

FELIPE (a CARLOS): Alférez, ¿a dónde iremos? ¿Seguiremos con él... o...? ¿Qué esperamos? ¿Es esto sólo una cosa nuestra? Recuerde lo que está pasando, en el Bajío. ¿Quiere que le enseñe la carta de la novia que tengo por allá, por las Cien Bocas? (Gesto indefinible de CARLOS.) La gente se expone, se sacrifica. (Saca la carta de un bolsillo de la camisa.) Y no descansa. Con los ojos abiertos siempre, aguiatando. (Lee.) «Querido Fe: Las cosas aquí son duras. Estamos en plena manigua. No te asombres. Era el único camino. Los españoles enseñándonos las uñas y nosotros como fieras. A tal punto llegó la cosa en el pueblo, que tía Eulalia, tú la conoces, decidió entregar todos sus cacharros de oro y plata, la vajilla de matrimonio, la que le regaló el abuelo, aquella tan bonita, ¿te acuerdas?, y sus prendas personales... para que se vendieran y se pudieran comprar fusiles. Todo el mundo hizo lo mismo, hasta la vieja y el viejo. Los Piña, los Gómez, los Alfonso, los

Suárez, y aquel burujón de los Medina, que son como veinte... Y después de esa recolecta, agarramos el cobre que había y se fundieron cañones, le prendimos fuego al caserío, como en Bayamo, en la Guerra Grande, y aquí estamos y somos felices, en la manigua, con la tropa de Álvaro Quiñones. Ahora comprendo y te extraño. Me gustaría verte. Quisiera estar contigo. No tenemos zapatos, y los pies me sangran mucho, no importa, comemos lo que podemos y nos vestiremos de bejucos, si es necesario...»

JUAN: Bajito.

PEDRO: Apenas oye.

FELIPE (*molesto, a JUAN*): ¡Anda por el quinto sueño! (*A CARLOS. Otro tono.*) Una oportunidad como ésta...

CARLOS: A veces pienso que tu inquietud se confunde con la mala intención.

FELIPE: ¡Piénsalo! (*Otro tono.*) Quedarse puede costarnos caro. Si Ángel y Leonel vienen hacia acá...

CARLOS (*resuelto*): Él debe ser quien lleve las riendas en la toma del fortín... que es la empresa más grande, en este momento. (*Otro tono.*) Bastantes mentiras le he soplado por las narices.

FELIPE: Le damos un bandazo.

CARLOS: Por solucionar, estás dispuesto a lo peor.

FELIPE (*tajante*): Recriminándote... (*Otro tono.*) Sabes a lo que me refiero. Adelantamos un poco, echamos una ojeada, comprobamos si es oportuno, si las tropas de Garrido se han dispersado o cambiaron de idea... En la oscuridad, entre los matojos, tanteando... Mientras duerme... ¡Aprovechemos!

CARLOS: ¡Buen mejunje preparas!

FELIPE: Tendremos menos riesgos.

CARLOS: Prefiero esperar.

JUAN (*suavemente, como si soplara alas*): Silencio.

Pausa larga. ARACELIO se despierta lentamente.

ESCENA QUINTA

ARACELIO, CARLOS y, a un lado, los tres escoltas.

ARACELIO (*todavía echado en el suelo, se incorpora a medias*): Perdóname. (*Se despereza. Pausa. Otro tono.*) Nunca imaginé que tu paciencia fuera tan grande. El corazón no te cabe en el pecho. Qué agallas has tenido, compadre... Jamás lo olvidaré. Sólo un amigo, un verdadero hermano... Eres el mismo retrato de tu padre. (*Otro tono.*) Mis aspavientos, mi gritería... y el hedor de esta pierna... (*Trata de incorporarse totalmente.*) Dame la mano.

CARLOS: Apóyate fuerte.

ARACELIO (*alegremente, poniéndose en pie, muy ágil*): En un dos por tres.

CARLOS: Mis escoltas te llevarán.

ARACELIO: No los molestes.

CARLOS: Se hace lo que tú quieras.

ARACELIO (*decidido*): Prefiero ir por mí mismo. (*Da unos pasos.*) Como Dios manda.

Pausa larga. CARLOS mira a ARACELIO, significativamente. Pretende decirle algo, pero no se atreve y baja los ojos; cuando vuelve a alzarlos, advierte la mirada estupefacta de ARACELIO.

ARACELIO: ¿Qué hay, muchacho?

CARLOS (*sutilmente reticente*): Me gustaría hablarle.

ARACELIO (*sin darle importancia*): Algo que ni fu ni fa.

CARLOS: A la verdad... (*Pausa.*) Resulta muy difícil.

ARACELIO: ¿Difícil? ¿Qué cosa? (*Pausa.*) ¿Por qué?

CARLOS: Por principio...

ARACELIO: ¿Has cambiado de idea? ¿Piensas que llevándome...?

CARLOS: Algo distinto, coronel.

ARACELIO: Eres de los que hilan fino, compay.

CARLOS: Soy un miserable...

ARACELIO (*interrumpiendo, con cierta ternura*): ¡No embromes! ¡Con esa cara!

CARLOS: ¿Qué hago? (*Otro tono.*) Continuando en este dale que no te doy, arrastrando mentira tras mentira... ¿Dónde me pongo? ¿Dónde...? (*Otro tono.*) Cuando uno en contra de su propio modo de ser hace lo que no debe.

ARACELIO (*tono anterior*): Cabeza de alcornoque, si me dejas...

CARLOS: No, no te dejaré. Eso, precisamente, eso... (*Otro tono.*) Eso es lo que me agita.

ARACELIO (*burlón*): Resuelve, hijo.

CARLOS: Así, sin ton ni son...

ARACELIO (*rápido*): Estás vendiéndote caro.

CARLOS (*de golpe*): Es preciso que vayas...

ARACELIO (*interrumpiendo*): ¿Adónde? (*Pausa breve.*)

CARLOS: Que te reúnes...

ARACELIO: ¿Con quién?

CARLOS (*musitando casi*): Con ellos...

ARACELIO (*sorprendido*): No te entiendo.

CARLOS (*tono anterior*): Con Ángel y Leonel...

ARACELIO (*sonriendo, nervioso*): Que vaya yo a reunirme... Yo... Que yo... No, no. Te burlas. (*Largas carcajadas.*) Piensas que sea posible. Me estás sonsacando. Me estás mintiendo. (*Otro tono. Transición violenta.*) O he oído mal.

CARLOS: ¡Por favor, coronel! ¡Compréndame!

ARACELIO (*violento*): ¿Qué quieres que comprenda?

CARLOS (*rápido*): Tiene que curarse esa pierna, continuar en la guerra, y debe saber que ellos se han quedado solos, también...

ARACELIO: Esto es insólito.

CARLOS (*firme*): ¡La verdad! La Revolución necesita...

ARACELIO (*zarandeándolo*): ¡La verdad! ¡La Revolución necesita! ¡Desgraciado! Te has portado como un vulgar ladrón de gallinas. Devuélveme el mapa. ¡Devuélvemelo!

A partir de este instante, ARACELIO irá destruyendo los rústicos burros y los dispositivos escenográficos creados por JUAN, PEDRO, FELIPE, CARLOS y el mismo ARACELIO en el acto primero.

CARLOS (*violento*): ¡Échese para allá!

ARACELIO: ¿Te niegas?

CARLOS: La verdad...

ARACELIO (*rápido, violento*): Te digo...

CARLOS (*rápido, violento*): La guerra obliga...

ARACELIO (*en un alarido*): ¡No! (*Otro tono.*) ¿De qué verdad hablas? ¿Cómo te atreves a decirme a mí, a Aracelio Fonseca, lo que debo hacer...? Pensaste que dándome un cranque era caballo muerto en la carretera, y haría lo que se ocurriera... ¡Te aprovechas! Sí, te aprovechas de la desventaja. Te aprovechas de mi enfermedad. (*Pausa. Otro tono.*) Ni la más mínima consideración has tenido. (*Otro tono.*) Me miras como un muñeco... un mequetrefe, un trapo... ¡A mí! (*Otro tono.*) ¡Pero el culpable soy yo! Debí andar con pies de plomo. (*Otro tono.*) Me dejé engatusar por tus palabras y por tu carita... (*Otro tono.*) No importa. Algo tengo ganado. (*Otro tono.*) ¡Ay, me ahogo! Siento deseos de romper, de volar a los quintos infiernos, de arrearte unos cuantos planazos. (*Pausa breve. Otro tono.*) Estoy en un callejón sin salida... (*Pausa breve. Otro tono.*) ¿Tienes miedo, miserable? (*Pausa breve. Otro tono.*) ¿Qué bonita jugada has hecho...! Yo, a tus pies, suplicándote... Y tú, haciéndote rogar... (*Violento.*) Embálate. Dime algo. (*Pausa breve. Otro tono.*) Si todavía te queda una gota de dignidad, devuélveme el mapa... Tú sabes, mejor que nadie, que es mío. ¡Mío! ¿Has oído? (*Otro tono.*) Me opongo a que ensucies el legado del general Suárez. Su trabajo, su esfuerzo, tirarlo por la borda. Vergüenza debía darte... (*Otro tono.*) Entrégamelo. (*Otro tono.*) Recuerda que tu padre jamás se hubiera prestado a semejante componenda... a esa sarta de mentiras (*Pausa. Otro tono.*) Me has traído la mala. ¿Cómo? ¿Por qué te has engrampado en esto? ¿A la brava? (*Otro tono.*) ¿Qué salación! Nunca lo hubiera imaginado de ti... La desgracia con rabo y cuatro patas... ¡Sí, es la verdad! Empatarte a las artimañas de éstos... Que otro... ¡Pero tú...! Haz algo en tu naturaleza... Eres malo con ganas. (*Pausa breve. Otro tono.*) Me da asco. Asco. ¿Para qué pensar, Dios mío? (*Otro tono.*) Y prometiste que me llevarías a buscar un enlace. ¡Ah, imbécil! Soy un imbécil... (*Pausa breve. Sarcástico.*) ¿Así que la verdad, la guerra obliga...? ¿Así que soy quien debe romper el cerco? ¿Así que soy yo quien debe enfrentarse a los leones...? Ustedes al ver las tropas de Garrido se les aflojan las piernas... ¿Así que soy yo quien debe tomar el fortín...? Y apertrecharlos a ustedes, y después tumbar piedra sobre piedra hasta que no quede rastro...! ¿Qué agradecidos! ¿Qué simpáticos...! ¡El mayor ejemplo de cinismo desde que el mundo es mundo...! ¿Así que soy yo el que debe codearse con los que me abandonaron, con los que un día decretaron mi muerte? La verdad. La guerra. En una palabra, la Revolución... obliga... ¿Así que yo soy el único indicado...? ¿Y por qué no tuvieron antes una pizca de respeto, el más elemental...? ¿Por qué no lo pensaron antes...? ¿Por qué se les ocurrió ahora que yo existía, que, en un momento dado, yo, como soldado...? ¡Es muy cómodo...! Eh, tú, ven acá. Vamos, volando. Sálvame del apuro... Y uno, como un autómatas, cumple... (*Pausa. En un susurro.*) ¡Ah, noche, árboles... de aquí para abajo no hay más tierra! (*Pausa. Otro tono.*) La traición, la mentira... Con ésas tenía que vérmelas... (*Otro tono.*) Prefiero la muerte. Polvo y ceniza. (*Pausa. Violento.*) Mal risco te pele. ¡Entrégame el mapa!

JUAN (*a CARLOS*): ¿Qué hacemos?

FELIPE (*a CARLOS*): ¡Tírale la cuchilla!

PEDRO: ¿Nos vamos?

CARLOS (*como en el vacío*): Estoy en el aire. No sé qué hacer... No sé lo que soy... Y, lo que es peor, no sé lo que quiero...

FELIPE (*con desprecio*): La piedad, Carlos...

CARLOS: Sí, la piedad...

PEDRO: Golpea sobre seguro.

ARACELIO: Cúbrete de porquería, haz que yo...

CARLOS: Y también la justicia, Felipe.

ARACELIO: Date golpes de pecho. Cumple. (*Gritando*) ¡Ángel! ¡Leonel! ¡Ángel! (*Otro tono*) Precipítate.

(*Pausa. Otro tono*) Con más habilidad te hubieras ahorrado este embrollo. (*Otro tono*) Entraste en conchusco con ellos; ahora, arréglatelas. (*Otro tono*) ¡Dame el mapa!

CARLOS *extiende el documento*.

ESCENA SEXTA

Dichos y ÁNGEL.

ARACELIO (*al ver a ÁNGEL, entrando*): ¡Solavaya!

ÁNGEL (*violento, a CARLOS*): ¡Qué haces? Dame eso acá. (*Se abalanza sobre CARLOS.*)

CARLOS (*a ARACELIO*): ¡Sal tumbando!

ARACELIO: ¡El paraguayo, coño! ¡El paraguayo!

ÁNGEL (*a CARLOS*): ¡No me cuquees! (*Se establece un juego con el documento. ÁNGEL forcejea con CARLOS.*) ¡Animal!

ARACELIO (*a CARLOS*): Métele duro y parejo.

ÁNGEL (*a CARLOS*): Si caes en el regateo...

ARACELIO: Eso es mío. Mío.

CARLOS: Ponte firme.

ÁNGEL (*forcejeando*): Estás de parte de él.

CARLOS (*forcejeando*): ¡Suéltame!

ÁNGEL: No me lo entregues.

ARACELIO interviene en la lucha entablada entre ÁNGEL y CARLOS.

ARACELIO (*a ÁNGEL*): ¡Quién eres tú? (*Intenta apartarlos.*)

ÁNGEL (*a ARACELIO*): Acércate. (*ARACELIO pretende golpearlo, pero tiene que retirarse de la lucha porque se ha lastimado la pierna.*) Ya verás...

ARACELIO (*a CARLOS*): Magúllale el alma.

CARLOS (*a ARACELIO, soltando el mapa*): Agárralo.

ÁNGEL (*a CARLOS*): Ajustaremos cuentas. (*A ARACELIO*) Contigo, también.

ARACELIO (*en un grito*): Basta. (*ÁNGEL le pone un traspies. ARACELIO cae el suelo.*) Esto no tiene perdón de Dios.

ÁNGEL *recoge el mapa, arrastrándose por el suelo.*

ESCENA SÉPTIMA

Dichos y LEONEL.

LEONEL (*afuera, entre risotadas*): ¡Partida de berracos! (*Entra en escena, se cruza de brazos, los contempla y mueve la cabeza negativamente. Burlón.*) Qué ánimo. (*A CARLOS, dando palmadas.*) Arriba. (*A ÁNGEL:*) Arriba. (*Pausa. Otro tono. A ARACELIO:*) Si no vienes por ti mismo... ¡A la cañona!

ARACELIO (*para sí*): He pagado con creces...

CARLOS (*poniéndose de pie; rabioso, a ÁNGEL*): Lograste lo que querías.

ÁNGEL (*se pone en pie; a LEONEL, señalando a CARLOS, con furor*): Si no fuera por mí...

LEONEL (*enérgico*): ¡Sanseacabó! (*Sarcástico. Mira a CARLOS y a ÁNGEL.*) Esa discusión la guardan para el día que venga la pelona. Entonces, dense gusto (*A ARACELIO:*) En cuanto a ti...

ARACELIO (*a LEONEL*): No puedes forzarme. ¿Con qué moral?

LEONEL: Lo exige la guerra... Esa es la única verdad.

ARACELIO: Ven con patrañas. Te conozco. Alegas que es la guerra. Todos con la misma canción. No me hagas reír. Sí, la guerra es la palabra santa. También lo es la Revolución... Mientes. Mientes. Tú puñetero interés...

LEONEL: Déjate de evasivas. ¡Decídetes!

ARACELIO: ¡No! ¡No! ¡No!

CARLOS: Su inquina, coronel, le llevará demasiado lejos.

ARACELIO: No te metas.

ÁNGEL (*envalentonado*): Harás lo que...

ARACELIO: Tú no mandas.

LEONEL (*a ÁNGEL*): Formando otra trifulca...

ARACELIO (*a ÁNGEL*): Haz la prueba.

ÁNGEL (*acercándosele, con gran ostentación corporal*): ¡Revírate!

ARACELIO: ¡Mi pierna...! ¡Ay, he caído en una trampa! Maldita la hora en que te parieron... ¡Maldita, mil veces! (*Otro tono.*) ¡Haré mi voluntad por encima de la cabeza del pipisigallo!

CARLOS: Sé razonable, viejo. Eres un soldado y como soldado tienes que cumplir... El fortín de la Candelaria es algo más que un símbolo. Nuestra salvación, Aracelio.

ARACELIO (*se pone en pie; machete en mano, a ÁNGEL*): Acércate. (*Todos se apartan. A CARLOS:*) Me has echado mal de ojo. (*Otro tono.*) Eso de volver la otra mejilla no va conmigo. Y hay cosas que jamás deben removerse, y si se remueven... hay que echarla hasta el fin... La muerte siempre es un camino.

ÁNGEL (*a los escoltas*): Aguántenlo.

ARACELIO (*amenazante, con el machete*): Que se atrevan. (*Los escoltas se ponen en acecho. ÁNGEL hace una señal rápida.*) Ratero. (*Los escoltas se aproximan, tratan de amarrarlo. ARACELIO los rechaza violentamente.*) Todo tiene un límite. Basándote en mentiras, ¿piensas que obtendrás algo? ¿Crees que podrás convencer a la gente...? Poniendo de pantalla a la guerra, y a este muchacho... (*Los escoltas logran atraparlo. ARACELIO, de un tirón, se zafa.*) Suéltlenme. (*ÁNGEL ordena, con una señal a los escoltas, que se retiren a un lado.*) Si existe la verdad... Tiene que haber algo. No creo en nada, pero tiene que haber algo. En el aire. En lo invisible...

Pausa.

CARLOS: Considera, Aracelio...

ARACELIO (*interrumpiendo, suavemente*): ¡Deja! (*Otro tono.*) Quítate del medio. Eres un boberas. En eso nos parecemos... Cumpliste la orden. (*Pausa. Otro tono.*) ¿Y eso? ¿Por qué...? ¿Por qué esas lágrimas? El mal es el mal y no puede borrarse.

ÁNGEL: Con palabras nunca arreglarás...

ARACELIO (*interrumpiendo*): Tú, siempre en la sombra, siempre acechando.

ÁNGEL (*interrumpiendo*): La Revolución se hace...

ARACELIO (*rápido, violento*): No me vengas con trucos. Mal rayo los parta, a ti, a ése... (*A la defensiva.*) Cuidado. (*Otro tono.*) Sospecho que te figuras que me convencerás. (*Otro tono.*) Tus argumentos huelen a muerto. Es como una nube de guasasas campeando por su respeto. Pero yo estoy aquí para oponerme, para impedir que te aproveches, que le saques partido...

ÁNGEL (*interrumpiendo*): Que me aproveche, que le saque partido... ¿A qué? Dime...

ARACELIO: Como un gallito quiquiriquí, tú...

LEONEL (*interrumpiendo*): Vas por camino equivocado.

ARACELIO (*a ÁNGEL y LEONEL*): Echen memoria. (*Pausa breve. Otro tono, a ÁNGEL:*) Cuando me enteré que el mulato regresaba, que tú sabías, que tenías el contacto, que tu tío Indalecio venía en una expedición de Jamaica, que el general Suárez lo acompañaba, que la guerra empezaba otra vez... Arranqué en el caballo moro y me llegué hasta tu estancia y te dije: «Aquí me tienes. Vengo como incondicional. Me importa un comino el cargo y todas esas parejerías... Y aunque se hunda la tierra, me voy...»

ÁNGEL: Así fue.

LEONEL: ¿Alguien lo niega?

ARACELIO: Nunca he tenido otra idea que no sea la idea de la Revolución. Estoy con la guerra. Estoy con la Revolución, hasta el final...

LEONEL: Oportunidad tuviste, lo sabemos, de echarte para atrás, como otros, por si por hache o por be...

ARACELIO: Dios me libre.

LEONEL: Eso cuenta, Aracelio.

ÁNGEL (*muy sincero*): Jamás Leonel ni yo hemos pensado que puedas traicionarnos.

LEONEL: Estamos contigo.

ÁNGEL: Eres de los nuestros...

ARACELIO: Yo podía hacerme valer; decir: «Chiquito, espera un poco...» (*Otro tono. A ÁNGEL:*) Este que ves aquí se ha ripiado el cuero en la Guerra Grande y en la Chiquita... (*A CARLOS.*) Estos vienen empujando y hacen ola. Yo me hago el bobo, pero... (*A LEONEL:*) Con los grandes, con el Chino Viejo, con el general Antonio, agitando el machete... había que aguantarme. (*A CARLOS:*) A mí me toca también por una cuestión de edad. Bastante cujeado estoy.

ÁNGEL: La jefatura es tuya. Nadie discute eso. Tanto el general Suárez como mi tío lo decían. Probado está. Sin ti no somos nada. Andamos dando palos de ciego.

ARACELIO: ¡No! ¡No es eso!

ÁNGEL: Estamos aquí para discutir...

LEONEL (*interrumpiendo*): ¡La verdad, Aracelio! La Revolución necesita, en estos momentos, una acción rápida... Nosotros debemos jugar la última carta... Y sólo tú...

ARACELIO (*interrumpiendo*): ¿Van a coronarme delante de la tropa? ¡No! ¡No es eso! Hay que dilucidar otros detalles... (*Otro tono*.) ¿Cómo se portaron cuando Suárez...? Me dejaron abandonado entre la balacera...

ÁNGEL (*rápido, cortante*): No sabíamos qué hacer, Aracelio. Estábamos desconcertados. No sabíamos nada de nada, en la práctica. Cuando salí de la Universidad... Uno se hace poco a poco... (*Pausa*.) Era el primer encontronazo... (*Otro tono*.) Aunque conocíamos de punta a cabo los cuentos que nos hacían de casi todas las batallas y de los problemas del 68... y los repetíamos como niños insolentes y maravillados... Quizás diciéndonos: «Nosotros no llegaremos a eso». (*Pausa*.) Cuando uno se pone a funcionar pierde la noción de las cosas, piensa que es imposible repetir, y olvida, lo olvida todo, y entonces comienzan los errores que se parecen tanto unos a otros... Entiéndelo. (*Pausa*.) En aquel momento, desconozco lo que fue... La gritería, el revólver de Leonel... Tal vez, el ruido... Sí, el ruido, que como un vértigo crecía, crecía y me llenaba... «¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Socorro...!» Aullidos, estertores, de los que a tu lado crecieron y soñaron la verdad de la Revolución, y que quedaban cadáveres en el camino, que uno no quería ver, y era irremediable... Y sobre eso, aquellos rugidos de las tropas de Garrido: «¡Cabrones, la guerra! ¡Hay que arrasar sin piedad...!» Y luego el angustioso: «¡Sálvese quien pueda! ¡Viva Cuba libre! ¡Viva la Revolución...!» (*Pausa*.) Sí, el ruido, el ruido, el ruido... (*Pausa. Otro tono*.) Después era demasiado tarde para regresar. Sin embargo, nos quedamos. Pudimos echarle el guante a cualquier vecino de la zona... y que nos indicara el modo de salir... Decidimos que tú... que sin ti... Estamos cercados ahora. Nadie puede escapar... ¡La guerra nos está esperando!

ARACELIO: ¡Mentira! Ya no sirvo. Soy hombre liquidado. Soy una carga. (*Gesto de ÁNGEL. Violento*.) ¡Discútemelo! Todavía te atreves. (*Se oyen lejanos tiroteos*.) Al diablo el cerco. Como una bola de fuego nos achicharre a todos. Al diablo el fortín... Que la tierra me trague, que todo se vaya a bolina... (*Otro tono*.) ¿Por qué hacerme esto? ¿Por qué...? ¿Por quién estoy luchando? ¿Por mí? ¿Qué beneficio he logrado? (*Salvajemente irónico*.) Vivo en un gran tren. Ten o guano escondido. Me voy a la Cochinchina en el próximo barco.

ÁNGEL: Estás ciego, Aracelio.

ARACELIO: ¡Sí, ya sé! Estoy equivocado. No debí arriesgarme. Ustedes, en mi lugar, hubieran tomado las de Villadiego. Sus pellejos por encima de cualquiera. (*Tiroteos más cercanos. Gesto de ÁNGEL*.) No me hagas un drama. Desde los quince ando en este jueguito... Y ya llevo veintisiete años de guerra sobre las costillas. No vine ayer, ni puedes hacerme una historia...

ÁNGEL: ¡Debes analizar mejor...!

ARACELIO: Salvarlo era cuestión de honor. Era cuestión de moral. Hice lo que debía por el general Suárez... Y no me pesa. Aunque me pudra. (*Violento*.) ¿Qué quieres?

ÁNGEL: Todo lo reduces a tu orgullo.

ARACELIO (*con amarga satisfacción*): Ahora les soy necesario. Lo veo claro, tan claro, como si tuviera sus pensamientos en la palma de la mano. (*Con estertóreas carcajadas*.) ¿No querían el mapa? A ver qué hacen con él. ¿Se lo van a tirar al fortín como un cartucho de dinamita? (*Otro tono*.) Has comprobado que ninguno de ustedes puede, y que el general Antonio cuando lo sepa, y el Chino Viejo... (*Gritando*.) Ha llegado el momento, Carlos. (*Entre ahogados sollozos y entrecortada risita nerviosa*.) ¡Ha llegado mi oportunidad...! Este viejo carcamal, este paticojo, esta nulidad... ¡los pondrá en su sitio!

FELIPE: Está soplando fuerte la balacera.

PEDRO: Arrecia por este lado.

JUAN: Se acaba el mundo...

CARLOS (a ÁNGEL): A ojo de buen cubero: la cosa está a punto. Parece que las tropas de Garrido vienen echando el resto.

LEONEL (a ARACELIO): Mira, Aracelio, si estuviéramos en otra situación, yo sería el primero en poner los puntos sobre las íes. Hablaríamos hasta agotarnos. (Otro tono.) Todo el tiempo te contradices. Si propones: «Estoy con la Revolución hasta el final...», ¿por qué armas este zarambeque? ¿Cómo es posible que te hundas en razones y más razones que niegan lo que afirmas? No dudo que un error y otros muchos salten a la vista y nos conturben y hasta los padezcamos... No somos perfectos. Nunca me he considerado ni me he presentado como modelo de nada. Ni mucho menos. Ojalá podamos llegar algún día a la perfección... ¡Lo que ahora interesa es ponerse en marcha...! Quizás, después... habremos alcanzado el sueño de todos. (Gesto de ARACELIO. Violento.) ¡No me lloriquees! Ya se venció tu intervención. (Otro tono.) Si te dieras cuenta... Esos cabrones están pisándonos los talones... Todavía podemos cantar victoria que estamos vivos. Es casi un acto suicida. El fuego no cesa... Y el cerco se reafirma y toma posiciones cada vez más seguras. Pero multitudes de hombres, mujeres y niños, cantando, desarrapados, descalzos, algunos desnudos, hambrientos todos, en plena manigua, combaten, luchan por este país, por esta Revolución... Actualmente aquí somos sólo nosotros en esto. ¿Quieres ponernos con la moral en el suelo...? Es muy aventurado que podamos salir de aquí. ¡Compréndelo! No tenemos ni provisiones ni municiones. ¡Estamos a la desesperada...! Sin embargo, sea como sea, hay que romper el cerco, llegar hasta el fortín, emprender batalla y vencer, agarrar pertrechos y arrasar... y lanzarnos en busca de esa multitud de hombres, mujeres y niños, que desarrapados, frente a la metralla, continúan combatiendo, inmolándose algunos, seguros de la lucha, seguros de la victoria, caen, y de nuevo se levantan de sus tumbas y siguen en los campos del sol y de la noche, con los ojos enfebrecidos, haciendo la Revolución... ¡Si el Chino Viejo estuviera aquí! (Otro tono.) Échame en cara. ¡Cántame las cuarenta! Es cierto que cumpliste con tu deber. Es cierto que actuamos con precipitación y hasta con brutalidad... Pero tú, ¿qué hubieras hecho...? ¡Respóndeme...! ¿Debíamos inmolarnos por salvarte? ¿Por qué ponderas tanto lo que haces y a nosotros nos recriminas? (Se oye el tiroteo más cercano.) Por favor, no pidas justicia ni piedad... ¿Oyes...? ¡La Verdad! (Pausa. Otro tono.) Si esos cabrones levantan cabeza... Es cuestión de vida o muerte. (Otro tono.) Te necesitamos, es verdad...

CARLOS (a ARACELIO): ¿Te quedas?

ÁNGEL: Mucho más el mapa. Nos lo llevamos. (Pausa. Sarcástico.) Quédate. Otro ocupará tu lugar. (Otro tono.) Yo, delante de la gente...

ARACELIO (rápido): ¡A costa mía...! ¡Lúcete! ¡Demuestra que soy un renegado!

ÁNGEL: ¿Algo más? (Pausa. A CARLOS.) ¡Dispón la salida! (A LEONEL.) ¡Iremos vadeando la loma... y abriendo brecha...

ARACELIO (suave): Carlos...

ÁNGEL (a CARLOS): Andando. (A ARACELIO.) ¡Buena suerte, coronel!

Se van, menos ARACELIO.

ARACELIO (gritando): Lo juro... ¡Yo...! ¡Aracelio Fonseca, óiganlo bien!

ESCENA OCTAVA

FELIPE, JUAN, PEDRO Y ARACELIO.

JUAN: ¡No se queje, coronel! Se lo ha buscado. Si hubiera sido más razonable...

PEDRO (*interrumpiendo*): El que siembra vientos...

FELIPE (*interrumpiendo*): ¡De ahí no hay quien lo saque!

ARACELIO (*tambaleándose*): Mi pierna se hincha y apesta. Muchachos... yo... (*Otro tono*) ¡No le dan a uno tiempo! (*Otro tono*) ¡Así que tendré que morder el cordobán? (*Otro tono*) Y te queda poco. (*Renqueando, apenas puede moverse*) ¡Ay...! (*Otro tono*) Aracelio, Aracelio Fonseca tu cabeza anda mal. Recuerda a tu mujer en la cama, con los ahogos del asma: «Viejo, cuando quieras, te puedes ir...» El corazón me dio un brinco... «Pero, mujer... ¿de qué estás hablando...?» Y, entonces, mirándote, como sólo ella sabe hacerlo, con lágrimas en los ojos: «La guerra viene, y tú te debes a la Revolución... Yo me ocuparé de lo que tenemos. No te aflijas. Ya nos arreglaremos.» Esta mujer sabe más de lo que le he enseñado.

Los escoltas se han ido. Primeramente salió FELIPE; más tarde, PEDRO; por último, JUAN.

ESCENA NOVENA

ARACELIO, solo.

ARACELIO (*golpeándose la pierna*): ¡Camina, déjate de flojeras! (*Otro tono*) Aracelio, Aracelio Fonseca, tu cabeza anda mal. (*Otro tono*) ¡No, no! Ahora sé lo que siento. Ahora sé lo que siento. Ahora sé lo que pienso. Ahora sé lo que valen las palabras. (*Otro tono*) ¡Mentira! Perdiste un chance. (*Otro tono*) No, no. Toma resuello... (*Otro tono*) Aracelio, Aracelio Fonseca, tu cabeza anda mal. (*Otro tono*) Atando cabos... Las palabras se me perdían y era tanta mi confusión..., y cuando más iban a menos... (*Otro tono*) No encajo en nada. (*Otro tono*) Aracelio, Aracelio Fonseca, tu cabeza anda mal. (*Otro tono*) No, no... Huiré de ellos, como quien no quiere la cosa, como si me echaran los perros detrás. (*Otro tono*) ¡Habitante, el que huye de su piel se pierde! Aracelio, Aracelio Fonseca, tu cabeza anda mal. (*Otro tono*) Recuerda a Silvio Santana y al general Suárez, que en paz descansen... A tu mujer, al Chino Viejo, al general Antonio... (*Otro tono*) No puedes obligarme a que haga lo que no quiero hacer, a que diga lo que no quiero decir, a que sea lo que no soy. (*Pausa. Otro tono*) ¡Enderézate, cabrona! (*Otro tono*) Por tu culpa... (*Otro tono*) Aracelio, Aracelio Fonseca, tu cabeza anda mal. (*Otro tono*) Hay cosas de las que uno se escapa, y es sólo para caer en ellas, como en un hueco sin fondo. (*Otro tono*) ¿Esa es tu verdad? Vete a coger la fresca. Eres un inútil. (*Otro tono*) Concho, no jodas más. (*Se va hasta el fondo, a lo oscuro*)

ESCENA DÉCIMA

CARLOS y ARACELIO.

CARLOS (*gritando, afuera*): ¡Aracelio! ¡Aracelio! (*Entrando.*) ¿Dónde estás?

ARACELIO: ¿Y esos gritos?

CARLOS: ¡He venido en son de paz!

ARACELIO (*todavía en lo oscuro*): No, no...

CARLOS (*entregándole el documento*): Toma. Míralo. No me pregunte cómo lo rescaté. Líos y más líos. ¡Estamos con la soga al cuello! Ángel y Leonel no saben qué hacer, y es tanto el desaliento... que sé que soy el responsable de la catástrofe que se avecina. No debí aceptar... porque no puedo quedarme con la conciencia sucia. (*Enérgico.*) Lo conozco. Sé quién eres. (*Otro tono.*) ¡He engañado a un hombre...! Hago lo que considero justo.

ARACELIO (*sorprendido, sin atreverse a tocar el mapa*): ¿Vuelves a engañarme?

CARLOS: ¡Palabra de mambi! (*ARACELIO toma el mapa, tembloroso.*) Es suyo.

ARACELIO (*emocionado*): Cómo pagarte, hijo. (*Pausa.*) Siempre como tu padre.

Pausa larga.

CARLOS: ¿Vienes?

ARACELIO (*rápido, violento*): Remachas, todavía...

ESCENA ONCENA

Dichos y los tres escoltas.

Al entrar los escoltas, en un tono apagado, repiten los sonidos onomatopéyicos del acto primero. Estos sonidos, a medida que avance la escena, deben alcanzar una plenitud expresiva.

ARACELIO: La verdad, mi verdad...

CARLOS (*rápido, violento*): ¡Te lo repetiré una y mil veces! Me parece una imbecilidad... Le has cogido el gusto... Exiges justicia y piedad... Justicia, ¿de qué...? Piedad, ¿de qué...? (*Otro tono.*) No soy un prestidigitador ni un encantador de serpientes... Te hablo como quien soy. Te hablo como el hijo de Silvio Santana. (*Totalmente sincero.*) He venido, no sé, porque no quiero perderte o porque no quiero que te pierdas. (*Sincero y violento.*) Es la hora de la verdad, Aracelio. ¿Estás a favor o en contra? ¡Dímelo!

ARACELIO (*titubeante*): ¿Y todo lo demás?

CARLOS: ¿Lo demás?

ARACELIO (*moviendo afirmativamente la cabeza, como un tic nervioso*): Sí, lo demás...

CARLOS: ¿Lo vivido? (*Pausa breve. Otro tono.*) ¿Crees que de este modo alguien recuerde tu heroísmo? Es lamentable. Es bochornoso. Basura, basura. ¿En qué heroísmo piensas? ¿En lo que hiciste? ¿En el pasado...? (*Rotundo.*) ¡El presente! ¡El presente! ¡Revísate! Piénsate, Aracelio. (*Pausa. Otro tono.*) Tú, solo... Tú, el infeliz, el vejado, el atropellado... ¡Tú, a la larga, el puro! (*Otro tono.*) No

mereces excusas ni compasión. A nadie escuchas. A nadie consideras. Estás lleno de odio... Solamente ves sombras a tu alrededor. (*Otro tono.*) ¡Sí, todos te queremos mal! ¡Todos te buscamos para hundirte! ¡Todos somos tus enemigos! (*Pausa. Otro tono.*) El mal, como tú dices, no puede borrarse. ¡Está ahí! Señalando, acusando. Pero sirve como ejemplo de lo que no se debe hacer... Y con esa experiencia se gana, se enriquece uno. (*Pausa. Otro tono.*) ¡Ah, otra cosa...! Fíjate bien... Cuando vine y te vi y empecé a oírte: «A mí la verdad... La verdad... Sobre todo la verdad...» Andaba al garete, te lo confieso. «Dios mío, por qué, el pobre...» No obstante, ahora, en este mismo instante, te puedo decir, sin que me quede nada por dentro, que he comprendido. Tu verdad y mi mentira... Sueños, sueños... (*Pausa. Otro tono.*) ¡Quizás sea una exageración! (*Otro tono. Firme.*) La Revolución es lo que permanece. (*Otro tono.*) Ya no sabría distinguir entre el que vino esta mañana y el que se va... La Revolución. (*Pausa.*) Algo ha pasado dentro de mí... (*Pausa.*) La Revolución... (*Pausa.*) Si no sales, morirás. (*Pausa.*) ¡Vamos!

ARACELIO: Me pides mucho.

CARLOS: Quiero que seas quien eres.

ARACELIO: Algo ha muerto en mí.

CARLOS: Quiero que te levantes sobre tu propio cadáver.

ARACELIO: Demasiado tarde. Ellos...

CARLOS (*rápido*): Estoy hablando por ti.

ARACELIO: ¡Por mí?

CARLOS: Sí, por tus intereses. Soy tu amigo.

ARACELIO: Pero quieres entregarme.

CARLOS: Cabeciduro, obstinado.

ARACELIO: Me perderás.

CARLOS: No entiendes.

ARACELIO: Soy otro, otro...

CARLOS: ¡Hemos hablado en balde! Has vencido mi paciencia.

Emprende la retirada.

ARACELIO: ¡Te vas?

CARLOS: Me voy.

ARACELIO (*violento*): ¡Carlos! (*CARLOS se detiene. Paternal.*) ¿También tú piensas que tomar el fortín es un juego de niños?

CARLOS (*enérgico*): El monte está lleno de gente dispuesta a cualquier cosa. Las balas se las quitaremos a los españoles que las tienen de sobra.

CARLOS avanza hacia el fondo.

ARACELIO (*suave*): ¡Qué?

ARACELIO: Al verte esta mañana, me dije: «Un mambí... Un verdadero mambí» (*Pausa.*) Si tú quisieras...

CARLOS: ¡Qué cosa?

ARACELIO: Escucha...

ESCENA DUODÉCIMA

Dichos y el VENDEDOR AMBULANTE.

VENDEDOR (*afuera*): ¡La guerra! ¡La guerra! Baratijas para las damas enamoradas. Pañuelos, perfumes, Aromas de Arabia.

CORO DE ESCOLTAS (*in crescendo*): ¡Chis chas, chis chas, chis!

VENDEDOR (*entrando*): ¡Huesos! ¡Cabezas cortadas! (*Otro tono.*) Señores, ¿todavía en la cháchara? (*Otro tono.*) Agazapados, ahí, ahí, alimañas. Soy una hoja al viento. Adiós, esperanza. Adiós, suerte. Estamos cercados de fusiles... ¡Corramos! Como un soplido...

(*A ARACELIO, significativamente.*) No digas ni pío. (*Otro tono.*) Los palos del monte, señoras, caballeros. Los palos del cielo.

CORO: Chis chas, chis chas, chis chas.

CARLOS (*a ARACELIO, en un murmullo*): ¿Y entonces...?

VENDEDOR: ¡Viva Cuba Libre!

ARACELIO (*dando unos pasos, sonriente, a CARLOS*): Con este mapa y el machete...

VENDEDOR: El monte está lleno de espíritus...

Coro: ¡Chis chas, chis chas, chis chas!

VENDEDOR: ¡En pie de guerra! ¡En pie de guerra! (*Exaltado.*) ¡En pie de guerra!

TELÓN RÁPIDO

La Habana 1968-1973

PEQUEÑO DICCIONARIO CUBANO DE BOLSILLO

Afrijolan: Voz popular; para indicar que nos matan; sobre todo en la región oriental.

Aguitando: Acechando.

Ajila: Ve rápido, corre, vuela.

Argolla y faja: Capaz de hacer cualquier cosa.

Aromas: Arbusto recubierto de enormes espinas; marabú.

Arrechuncho: Indisposición repentina y pasajera.

Asegún: Expresión campesina, por según.

Aturrullado: Turbado, sin saber qué hacer o qué decir.

Babia: Territorio en las montañas de León; estar en Babia, es hallarse distraído, ajeno.

Bajío: Terreno bajo; también puede nombrarse como valle, si se está en una montaña.

Bejigo: En varias regiones de Cuba, nombre despectivo dado a los niños.

Berraco: Viene de *verraco*, cerdo; en lengua coloquial, imbécil.

Bejucos: Voz caribe; nombre de diversas plantas tropicales, sarmentosas, de tallos largos y delgados; se emplean para ligaduras, tejidos, muebles, etc.

Bicho raro: En el campo, persona extraña.

Burujón: Aglomeración.

Cambalache: Trueque de poca importancia; en Cuba significa también juego sucio.

Caray: Expresión menos fuerte que carajo.

Catibía: Voz indígena, residuo de la harina de yuca; comer catibía, en un sentido coloquial, decir tonterías.

Ceiba: Voz haitiana. Árbol bombáceo de las regiones tropicales, muy alto, de tronco muy grueso, hojas palmeadas, flores rojas auxiliares y fruto cónico con seis semillas envueltas en una especie de algodón, usado para rellenar almohadas. Existen también el ceibo, planta leguminosa, y el seibo, árbol parecido a la ceiba de veinte metros de altura, así como el seibo, originario del Río de la Plata. Con frecuencia, *ceiba* aparece escrita con ese.

Compay: En la región oriental, amigo o conocido de uno; sustituye a compadre.

Concho: Sustituye a coño; palabra menos agresiva en el lenguaje coloquial.

Conchuco: Juego sucio.

Corre-corre: Ir de un lado a otro sin detenerse; en sentido figurado, conversación o pensamiento que se manifiesta a la ligera.

Cranque: Argumentar con el objeto de manipular; de obtener beneficios.

Cujeado: El que ha sufrido, ha sido azuzado y apaleado, pero que no se deja manipular o piensa eso.

Cháchara: Conversación intrascendente.

Decir ni pío: Callares.

Engatusar: Ganar la voluntad de uno con halagos.

Guajiro: Campesino.

Guano: Nombre genérico de las palmas; abono; también, dinero.

Hacer la cama: Prepararle a una persona una trampa con obstinado regodeo.

Harina de otro costal: Ése es otro asunto.

Hora del cuajo: La hora de la verdad.

Jarana: Trampa, embuste; burla, diversión.

Jeringa: Fastidiar.

Jiquí: Madera dura.

Julepe: Lío, esfuerzo excesivo, ajetreo, a causa del miedo.

Jutía: Mamífero roedor; parecido a la rata; comestible.

Machete: Arma más corta que la espada, ancha, pesada y de un solo filo.

Manigua: Campo no cultivado; es decir, tierras silvestres, llenas de yerbales, árboles y arbustos.

Matojo: En el campo, yerbal con arbustos.

Matraquilla: Insistencia.

Mejunje: Brebaje, mezcla de varios medicamentos.

Meter baza: Argumentar para obtener un propósito determinado.

Morder el cordobán: Doblegarse, aceptar por fuerza.

Musaraña: Figura contrahecha o fingida de una persona; gesticulación burlesca.

Ni fu ni fa: Me da lo mismo.

Obligado a carabina: No tener otra salida, otra posibilidad.

Paraguayo: Machete de hoja larga y recta, como una espada.

Parejerías: Exceso de confianza.
Plantar los caballos: Dejarlo a uno perplejo.
Punzó: Color rojo fuerte, violento.
Putañera: Alguien que putea, que trafica.
Resistera: De resistero, calor causado por la reverberación del sol.
Ripiando: Hacer trizas; también hablar mal de otra persona, infamar.
Roña: Rencor, rabia.
Sabana: Llanura o planicie sin vegetación arbórea.
Salación: Desgracia.
Subuso: Expresión oriental que significa: ¡tranquilo!, ¡cálmate!
Tirria: Odio, ojeriza, disgusto, enojo; también, antipatía.
Vaina: Fastidioso, estúpido.
Zarambeque: En la parte oriental de Cuba significa «darle un ataque a uno.»

ALGUNAS ACLARACIONES DE TIPO HISTÓRICO Y GEOGRÁFICO

Aguilera, Francisco Vicente: Patricio bayamés.
Bandera, Quintín: Valeroso guerrero de las guerras de independencia de Cuba; forma parte de las figuras míticas por su integridad, coraje y sacrificio. De raza negra y clase social humilde.
Bayamo: Ciudad Monumento Nacional. La epopeya de la guerra de 1868, la Guerra Grande, tiene como baluarte de heroísmo y sacrificio a esta hermosa villa. La toma e incendio de Bayamo posee la grandeza trágica de Numancia.
Crombet, Flor: Amigo de José Martí y de los hermanos José y Antonio Maceo, aguerrido brigadier de la guerra de 1868, que organizó por orden de Martí la expedición que trajo al general Maceo a Cuba; murió al inicio de la guerra de 1895.
Fortín de la Candelaria: Invención del autor —creación de un mito—. Varios términos de carácter geográfico (Cafetal González, Ceiba Grande, Palmas Muertas, San Benito, Dos Piedras, etc.), así como algunas referencias a personajes que no entran en escena (Alberto Infante, Álvaro Quiñones, por ejemplo), son invención del autor que se mezclan con los componentes históricos y geográficos de la pieza.
Garrido: General español.
General Antonio: Antonio Maceo. Extraordinario revolucionario, de origen negro y muy pobre. Llamado el Titán de Bronce. Escribió, con su energía y su sangre, hermosas páginas iguales a las de los guerreros de la antigüedad.
Guerra Chiquita: Brote revolucionario de 1879, de muy corta duración.
Guerra Grande: Conocida también como Guerra de los Diez Años, se extiende de 1868 a 1878. La acción de la obra tiene lugar durante el período específico de la Guerra de Independencia, 1895-1898.
Incendio de la Socapa: Famoso incendio en las cercanías de Santiago de Cuba.
Lora, Saturnino: Oficial subalterno del Ejército Libertador que se reunió con amigos y parientes

en medio del pueblo de Baire, anunciando que comenzaba la Guerra de 1895. Este acto es conocido en la historia de Cuba como «el Grito de Baire».

Mangos de Baragúa: Lugar donde se efectuó la protesta de Antonio Maceo, en 1878, contra el Pacto de Zanjón.

Manzanillo: Puerto en la provincia de Oriente. Ya en el «Espejo de paciencia», poema inaugural de la literatura cubana, escrito en los albores del siglo xvii, su autor, Silvestre de Balboa, lo menciona como perteneciente a la jurisdicción de la villa de Bayamo. Este puerto es muy significativo en la vida económica de la región oriental de la isla de Cuba, del siglo xvi al xix, por su posición geográfica.

Moncada, Guillermo: Otro valeroso guerrero que forma parte de la mítica cubana representativa del coraje y el sacrificio.

Palmarito: Lugar en la provincia de Oriente.

Palo Seco: Lugar en la provincia de Camagüey, cerca de Sibanicú.

Sánchez, Serafín: Patricio de la región de Santa Clara.

Recurva del Cauto: Parte del río de igual nombre, que es el más grande de Cuba, entre Bayamo y Contramaestre, en la provincia de Oriente.